



Nuestra Señora del Quinche

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR



El Romero de la Virgen del Quinche

Envío de la "Prensa Católica"

243 (866) EL ROMERO 1915

V335

DE LA
VIRGEN DEL QUINCHE

MANUAL DIRECTORIO

PARA HACER CON PERFECCION LA ROMERIA

Y

**PIADOSO RECUERDO DEL SANTUARIO
CON EL RELATO HISTÓRICO
DE MUCHOS MILAGROS O FAVORES ESPECIALES
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN**

POR EL

P. José Ricardo ~~Díaz~~

de la Compañía de Jesús

**BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR**

COLECCION GENERAL

1336

Cuarta edición ... AÑO ... 1988

ilustrada con el retrato de la Virgen y aumentada con el
Oficio Parvo de la Inmaculada **CONZACION.**

0000113-D

QUITO-ECUADOR

Tipografía de la "Prensa Católica"

1915

Con permiso de los Superiores

*Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis.—Quito,
mayo 7 de 1902.*

Permitimos la impresión de «El Romero de la Virgen del Quinche», escrito por el P. Ricardo Vázquez, de la Compañía de Jesús, y concedemos ochenta días de indulgencia por cada día de la novena a Nuestra Señora del Quinche, contenida en el mencionado opúsculo.

† EL ARZOBISPO

L. † S.

C. M. de la Torre,
Secretario.



291.354
BIBLIOTECA NACIONAL V3932
SECCION ECUATORIANA

LOS ROMEROS DE LA VIRGEN

“¡VAMOS AL QUINCHE...!”

Sí, ya se acerca el 21 de Noviembre, día de eterno recuerdo para los devotos de la Santísima Virgen, que han tenido alguna vez la dicha de visitarla y rendirle homenaje en su santuario del Quinche. ¡Qué alborozo, qué júbilo manifiestan en su semblante y en el acento de sus palabras los piadosos romeros, que se aprestan para ponerse en marcha hácia esa bendita mansión, que la Reina de los Angeles escogió entre los demás lugares de la tierra! «¡Eal vamos al Quinche!» repiten, invitándose los unos a los otros; «vamos, y tendremos el consuelo de visitar y saludar a nuestra Madre queridísima, y contemplarla con nuestros ojos en ese augusto sagrario de las bendiciones del cielo, en ese trono de la divina misericordia, donde recibe piadosa y clemente las peticiones de sus hijos, mitiga sus dolencias, y remedia to-

das sus necesidades». Y ¿qué dices tú, cristiano lector, si te das cuenta de lo que pasa al acercarse el día de nuestra Señora del Quínche? ¿Qué movimientos experimentas al ver el entusiasmo de tus paisanos y conocidos, que ya emprenden gozosos la santa romería? ¿No te vienen deseos de imitar su buen ejemplo.....? ¿Será posible que tú solo, pudiendo buenamente hacerlo, no lo hagas, a pesar de los impulsos que sientes en tu alma? ¿Será posible que no quieras hacer este obsequio a la más tierna de las madres? ¿que difieras todavía el cumplir con el voto o promesa que hiciste, cuando la Virgen te favoreció en aquella necesidad, o te salvó de aquel peligro, de aquella calamidad? Mira que esos latidos desusados de tu pecho, son toques de la gracia de Dios; mira que esos dulces sentimientos son las voces con que nuestra Madre adorada te llama, ansiosa como está de remediar tus miserias; mira, hermano mío, que para muchos pecadores, el visitar a nuestra Madre con la debida disposición en su milagroso santuario, fue el principio de su santificación y una prenda de su salvación. ¿Nada importa el salvarte o el condenarte? «Yo soy», nos dice a todos María, «yo soy la madre del bello amor, y del temor santo, y de la ciencia de la salud, y de la santa esperanza; en mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad;

en mí, toda esperanza de vida y de virtud, Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal mi herencia. El que me escucha jamás tendrá de que avergonzarse; y aquellos que se guían por mí, no pecarán: los que me esclarecen obtendrán la vida eterna». (Eccli. XXIV).

De qué modo se ha de hacer la romería

Pero, gracias a la suavidad y eficacia del llamamiento de la Santísima Virgen, ya estás resuelto a emprender la santa romería al Quinche. Dichoso de tí, que no has quedado sordo o insensible a los toques de la divina gracia; así, por el contrario, diríate que eras sobremanera desdichado, y que llevabas una señal de reprobación, si ni los acentos de una tan cariñosa Madre fuesen capaces de hacer mella en tu empedernido corazón. Mas ahora, para que saques todo el provecho espiritual posible del cumplimiento de tu buen propósito, hé aquí la forma y modo que debes observar en la romería:

1º Supuesto que no has de llevar otra intención y mira principal que la de rendir digno culto a la Santísima Virgen y glorificar a su Divino Hijo, ofrécele desde luego

con toda tu voluntad el trabajo, fatiga e incomodidades del viaje, teniendo por cierto que vas a hacer una cosa muy agradable a su corazón materno, y que los santos ángeles ya están a punto para irte acompañando y apuntando todos los pasos que anduvieren tus pies, las gotas de sudor que destilare tu frente, las fervientes aspiraciones de tu pecho, en fin, todos los actos de mortificación que tuvieres que ofrecer, por más pequeños e insignificantes que acaso parezcan a los ojos de los hombres: todo será llevado y presentado ante el trono de nuestra Reina y Madre benignísima.

2º Si siempre debes huír del pecado, como del mismo demonio, con mucha más razón durante los días de la romería guárdate de cometerlo. Por tanto, evita cuanto pudieres, las conversaciones y compañías peligrosas, tanto a la ida como a la vuelta, así en el camino como en las posadas; pero sobre todo cuando llegares felizmente al término de tu viaje, acuérdate que no emprendiste la romería con el objeto de divertirte, ni mucho menos de tomar parte en los excesos que hombres desalmados se propongan ejecutar precisamente en los días de más devoción. Porque, si las romerías han de servir para que los enemigos de Dios y de la Santísima Virgen hagan su agosto con la ruina y perdición de las almas; si con el ma-

yor concurso y afluencia de la gente han de venir juntas las corridas de toros, las embriagueces, las diversiones pecaminosas y la disolución,—más vale que nadie deje su tierra ni se mueva de su casa; que en su tierra y en el seno de su familia sabrán los verdaderos devotos de la Virgen cumplir la sagrada obligación que les corre de tributarle toda la veneración, ferviente afecto y obsequioso cariño que les merece como Madre amantísima. Pero entre tanto, los que profanan con sus escándalos las romerías públicas y demás festividades religiosas; los que impiden a los buenos el celebrarlas libremente y a gusto de sus piadosos corazones, ¿no temen la justa venganza del Todopoderoso, especialmente cuando se interesa de un modo particular la honra y respeto de su Augusta Madre . . . ? Siempre ha de haber escándalos; más, por lo mismo, te prevengo con este aviso, devoto romero, para que no suceda que, en vez de alcanzar dichoso la bendición de la Santísima Virgen, sientas, infeliz, el castigo de tus desórdenes.

3º Así que divises el santuario de la Virgen, y conforme te vayas acercando al pueblo del Quinche, comenzará a latirte el corazón con desusado ardimiento, y se te vendrán a los labios estas palabras, nacidas de aquel espíritu que animó un día al Profeta Rey: «Cuán amable es tu mansión santa, ¡oh Se-

ñora y Madre msa queridísima! Mi alma suspira y padece deliquios, ansiando verse ya en tu presencia. Dichoso el hombre que en tí tiene su amparo, y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar santo que destinó Dios para tí. Oh Señora, escucha mi oración; vuélvete a mirarme, y dame tu auxilio para llegar a tu presencia. Más vale estar un solo día en tu santuario, que millares fuera de él. Dios ama la misericordia y la verdad; por tu medio nos dará la gracia y la gloria; porque no despachará sin su bendición a los que procedan con inocencia. ¡Oh Reina de los cielos! bienaventurado el hombre que pone en tí su esperanza! (Ps. LXXXIII).

No hay en el Quinche cosa que ver fuera del tesoro y joya divina que encierra en su santuario. Consagra, pues, exclusivamente todos los momentos que puedas al culto y veneración de la Santísima Virgen. ¡Oh! cuántos han hallado a los pies de Nuestra Señora consuelo para sus penas, remedio para sus necesidades, luz para su mente en las sombras de la ignorancia o de la tristeza, medicina para todo género de dolencias corporales, y aún maravilloso poder para tornar a la vida, arrancándose de los brazos de la muerte. Pero muchos más son los que, arrodillados ahí delante de la Madre de toda

misericordia, mientras movían sus labios encomendándose devotamente, hallaron eficaz auxilio y calor de vida para resucitar de la muerte del pecado, socorro contra las acometidas del demonio, refugio venturoso en las ansias y últimas agonías de la desesperación. Aprovecha, pues, los instantes, que son tan preciosos, para pedir a la Santísima Virgen todo lo que necesites; pero pídele sobre todo lo que más te importa tener asegurado, y lo que segurísimamente conseguirás, si lo pides de corazón, dado que es lo que más ansía la misma Señora conseguirte de su bondadosísimo Hijo: la gracia de una verdadera conversión y la perseverancia final. ¿No es verdad que, si logras y alcanzas este favor, lo tienes logrado y asegurado todo?

Pero aunque vinieses de lejos y te hubiese costado mucho la romería, quedara ésta incompleta y tus obsequios deslucidos a los ojos de nuestra Madre, si no le dices el gusto de comulgar devotamente en su santuario. ¡Es tan grande el deseo que tiene de darnos ese dón de dones que sustenta en sus virginales brazos! ¡Es tanta la complacencia de su corazón materno, cuando ve a los romeros recibir con las debidas disposiciones la sagrada comunión! ¿Qué piensas que nos quiere significar presentándose a nuestra vista con su encantador y amabilísimo Hijo en los brazos?—Que nos lo brinda

benignísimamente y ofrece para que le recibamos y estrechemos a nuestro corazón con todo el afecto y ternura, con toda la pureza y santidad que cupiere en nuestros pechos. ¿No le darás ese gusto?; ¿le desdeñarás friamente el dón que te presenta....? Muchos vienen ya preparados de su tierra, hecha con tiempo una buena confesión, de suerte que en el Quinche no tienen sino que reconciliarse brevemente para comulgar. Si tú no has tenido proporción para confesarte antes de emprender el viaje, aquí en el Quinche lo puedes hacer con facilidad, gracias a la costumbre que hay de procurar que vengan para las romerías generales muchos confesores, con el fin de proveer a la necesidad y devoción de los romeros. En cuanto al tiempo necesario para prepararte, bastan los ratos que te pases delante de la Santísima Virgen considerando de propósito los intereses de tu alma. Pide a la Madre de misericordia luz para conocer el estado de tu conciencia, y empieza a examinarte, valiéndote, si quieres, del método que al fin de este librito encontrarás. No hayas miedo; basta que tengas buena voluntad; porque, si quieres de veras hacer una buena confesión, y te encomiendas a la Santísima Virgen, es imposible que no tengas a la mano toda la gracia necesaria para examinarte, arrepentirte y confesarte debidamente, de modo que, con la confesión,

quedes absuelto y libre de todos tus pecados. ¿No ves que, quien más desea que te confieses y reconcilies con Dios, es la misma Santísima Virgen? Pues, si ella quiere de veras, y puede ayudarte en un negocio de tanta importancia, ¿no lo hará....? No falta sino que tú quieras, siendo cosa cierta que Dios no pide ni manda cosas imposibles, y que, si manda al pecador que se confiese, le dará todo el auxilio necesario y suficiente para que cumpla bien su mandato. Si, a pesar de lo que acabo de decir, te quedare todavía alguna duda, temor o congoja, toma este partido: póstrate a los pies del confesor, ábrele tu pecho, expónle todo lo que sientes, con llaneza y humildad; la Santísima Virgen, ansiosa de tu bien, le iluminará para que te conozca y encamine, y le dará palabras de consuelo con que te anime y conforte; y te aseguro que, dentro de algunos momentos, te levantarás curado en tu alma por virtud de la santa absolución, y resucitado, por un nuevo milagro de la Virgen, a la vida de la gracia.

4º En cuanto a las devociones que has de practicar en la romería, casi no hace falta que yo te las aconseje ni señale; porque el buen ejemplo de otros romeros y tu mismo corazón te sugerirán las más a propósito para desahogar tu afecto y fomentar más y más los sentimientos de filial amor para con nues-

tra Madre querida. En todo caso, podrás servirme de este manual, arreglado exclusivamente para los romeros de la Virgen del Quinche. Hé aquí la práctica:—1) Si quieres hacer la novena, empiézala nueve días antes de la festividad de la Virgen, el 12 ó 13 de noviembre, y continúa en los días de camino, hasta concluirla el 20 ó 21 ya en el Quinche. Puedes rezar las oraciones en la iglesia, o en tu casa, delante de una imagen de nuestra Señora, o en la misma posada, cuando ya estés de camino, según la devoción te dictare, o lo pidiere la necesidad. Si no puedes hacer toda la novena, procura hacer siquiera un triduo según la forma que este mismo manual te indicará.—2) Una de las prácticas más provechosas, y de que más se agrada la Santísima Virgen, es el rezo del santo rosario. Todo buen cristiano debe aprender y acostumbrarse a cumplir diariamente esta suavísima devoción; pero en las romerías de un modo particular sirve maravillosamente para inflamar el afecto y religioso entusiasmo de los concurrentes. ¡Oh! qué hermoso espectáculo dan al cielo y a la tierra esos coros y compañías de peregrinos que con sus rosarios en las manos vienen por el camino repitiendo sin cansarse las dos más sublimes oraciones que existen, y de mayor y siempre nuevo deleite a los oídos de Dios, y de la Reina del cielo, cuales son el *Padre*

nuestro y el *Avemaría* ¡Cómo sube hasta las estrellas ese concierto de armonías que se eleva de la tierra, cuando millares de devotos, ordenados en magnífica procesión van cantando el rosario en torno de la Reina de los Angeles, haciendo coro con los mismos ángeles!—3) Por lo demás, sigue la inspiración de Dios y déjate llevar de los impulsos de la gracia, sobre todo cuando te halles postrado delante del altar de la Virgen, o vayas en la procesión, si es que puedes lograrlo, junto a su espléndido trono. Imita el modo con que los niños festejan, acarician y ruegan a sus madres, los cuales sienten en su corazón mucho más de lo que saben expresar con palabras, y porque lo sienten, se lo dan a entender a sus madres a maravilla. El lenguaje no estudiado del corazón es el mejor para hablar con la Santísima Virgen: háblale, pues con el corazón: y si le hablas con la boca, sea lo que brotara del corazón. Salúdala tiernamente, dile muchas alabanzas, agrádecete tantos beneficios como has recibido de su mano, ruégale por tí y por tu familia, por tus amigos y paisanos, y también por tus enemigos; represéntale tus necesidades espirituales y corporales conságrate para siempre a su servicio, ofrécele tu vida y tu muerte, pon en sus manos el negocio de tu eterna salvación. Cortas te han de parecer las horas que pases delante de la Santísima Virgen;

 pero no olvides de ningún modo que el principal de todos los obsequios y devociones ha de ser el de una muy buena confesión y comunión.

¿Y si no puedo hacer en persona la romería . . . ?

Gustoso voy a satisfacerte; porque, por el modo con que me preguntas lo que has de hacer en ese caso, entiendo que tú no eres del número de aquellos cristianos indiferentes y fríos, que siempre se excusan con la imposibilidad, cuando se les invita a hacer algún sacrificio por amor de Dios y de su Santísima Madre; sino que, a pesar de tu prontitud y entusiasmo por todo lo que pertenece al culto de Nuestra Señora y de su adorable Hijo, razones involuntarias prevés que impedirán el cumplimiento de tus deseos. Lejos de mí el tratar de rebatir esas razones, las cuales, en circunstancias dadas, pueden ser tan graves, que, no solamente excusen, pero aún veden del todo la ejecución de una proyectada romería. Una joven, por ejemplo, que no encuentra una persona de toda confianza con quien acompañarse, ¿como ha de exponerse sin más ni más á los riesgos de una peregrinación, en que habría de topar con muchos que, por desgracia, no acuden al Quinche con las me

jores intenciones del mundo? Tampoco está siempre en la mano de un padre o madre de familia el dejar su casa y ausentarse, por cualquier motivo que sea, sin menoscabo de sus deberes domésticos. Pues ¿qué sería si se anunciase que, con ocasión del gran concurso de gente, y abusando de la misma religión y fé acendrada de nuestro pueblo, se proponen algunos perversos dar espectáculos públicos para la diversión de los concurrentes, desoyendo las amonestaciones de los ministros de Dios y pisoteando, impíos, la honra de nuestra amabilísima Reina y gran Señora? En estos casos, o en otros análogos que se pueden ofrecer, lo que te aconsejo es, que, sin salir de tu tierra, suplas con el fervor del espíritu lo que no puedes llevar a cabo materialmente por razón de las circunstancias. Haz la novena de la Virgen con toda devoción, procurando multiplicar los obsequios de cada día, sobre todo con la guarda del corazón y de los sentidos, y, llegado el día en que hubieras de comulgar en el santuario del Quinche, hazlo donde te encuentres, después de prepararte con todo esmero mediante el sacramento de la penitencia. El cumplimiento de tu propósito relativo a la romería, déjalo para cuando se te ofrezca ocasión más favorable; y entre tanto consuélate sabiendo que nuestra amabilísima Reina del Quinche te contempla desde su

trono glorioso, y que, complacida en lo que haces por su amor según tu posibilidad, te da su bendición y escribe tu nombre en el libro en que tiene escrito los nombres de sus devotos, es decir, en el libro de la vida: *»Qui elucidant me vitam aeternam habebunt.* Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna». (Eccli. XXIV—31.)

**Y ¿qué señales hay para conocer si uno tiene devoción a la Virgen?—
Las propiedades del divino amor**

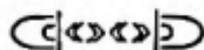
(L. III., C. V. de la imit. de C.)

«Gran cosa es el amor, y bien sobre manera grande: él sólo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual. No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más dilatado, nada más alegre, nada más lleno, ni mejor en el cielo ni en la tierra: porque el amor nació de Dios, y no puede quietarse con todo lo criado sino con el mismo Dios. El amor es diligente, sincero, piadoso, alegre y deleitable; fuerte, sufrido, fiel, prudente, magnánimo, varonil, y nunca se busca a sí mismo; porque, cuando alguno se busca a sí mismo, luego decae del amor. El amor es muy mirado, humilde, recto, no es regalón, liviano, ni entiende en cosas vanas; es sobrio, casto, firme,

«quieto y recatado en todos los sentidos. El
«amor es sumiso y obediente a los superiores,
«vil y despreciado para sí; para con Dios,
«devoto y agradecido, confiando y esperando
«siempre en él, aun cuando no le regala;
«porque no vive nadie en amor sin dolor.
«El que no está dispuesto a sufrirlo todo y
«hacer la voluntad del amado, no es digno de
«llamarse amante. Conviene al que ama
«abrazar de buena voluntad por el amado
«todo lo duro y amargo, y no apartarse de él
«por cosa contraria que acaezca. Sea yo,
«Dios mío, cautivo del amor, saliendo de mí
«por el grande fervor y admiración. Cante
«yo cánticos de amor: sígate yo, amado mío,
«a lo alto, y desfallezca mi alma en tu ala-
«banza, alegrándome por el amor. Amete
«yo más que a mí mismo, y no me ame a mí
«sino por tí y en tí a todos los que de verdad
«te aman, como manda la ley del amor, que
«emana de tí».

Examina ahora atentamente, devoto lector, a ver si tu devoción a la Santísima Virgen tiene semejantes propiedades. Sí, puesta la mano en el pecho, puedes animosa y humildemente asegurar que sí las tiene, alégrate en el Señor y da muchísimas gracias a su infinita bondad; más, si tienes que confesar que aún te falta mucho para ser verdadero amante de María, es preciso que a ella misma le pidas, como la mayor de las gracias,

su santo amor, y que te empeñes y sin cesar trabajos, hasta que sientas arder en tu pecho la divina llama. Porque, como asevera S. Anselmo con S. Buenaventura, así como es imposible que se salve aquel de quien la Madre de Dios apartare sus ojos de misericordia, así está lejos de condenarse el que persevera en su amor y verdadera devoción; y San Ignacio mártir dice que, quien procurare ser devoto de la Virgen María Madre de Dios, nunca perecerá: *«Nunquam peribit qui Genitrici Virgini devotus sedulusque extiterit»*.



NOVENA

A Nuestra Señora del Quinche

DIA PRIMERO

Por la señal † de la santa Cruz
Señor mío Jesucristo etc.

1ª ORACION

PARA TODOS LOS DÍAS

Yo os saludo, ¡oh paz! ¡oh gozo! ¡oh salud y consolación del mundo, Santísima Virgen del Quinche! ¡Oh gran Señora, a quien Dios constituyó por auxilio y protección del pueblo cristiano en todas sus necesidades; a Vos acuden continuamente los enfermos en sus dolencias, los pobres en sus miserias, los atribulados en sus aflicciones, en su soledad los huérfanos, en su agonía los moribundos ¿Quién, si acude a Vos, no halla consuelo en sus angustias? Pues atended ahora benignamente las súplicas que elevo a vuestra clemencia ¡oh Madre amorosísima!; acogedme bajo la sombra de vuestro patrocinio; asistidme siempre solícita en mis necesidades, pero especialmente en la que ahora me encuentro; libradme de todos los males, y alcanzadme todos los bienes ¡oh Madre de bondad!, a fin de que pueda arribar seguramente al puerto de mi salvación, para can-

tar dichoso vuestras alabanzas por toda la eternidad. Amén.

Tres *avemarías y gloria patris* en memoria de los tres principales privilegios de Nuestra Señora, que son su Inmaculada Concepción, su Maternidad divina y su virginal pureza.

2ª ORACION

PARA EL PRIMER DÍA

¡Oh Madre de Dios y Señora de todo lo criado! como se presenta un pobre, cubierto de llagas, a una gran reina, así me presento a Vos que sois Reina del cielo y de la tierra. Bien veo que no merezco nada, y que antes soy digno de ser despojado de todas las gracias que por vuestro medio he recibido del Señor. Pero Vos, que sois la *Reina de Misericordia*, no buscáis méritos, sino miserias para remediarlas donde las hallareis. Y ¿quién más pobre y necesitado que yo? ¡Oh Virgen excelsa! ya sé que, siendo Reina del universo sois también mi Reina; pero yo de un modo más particular quiero consagrarme a vuestro servicio para que dispongáis de mí como queráis. Por tanto os diré con San Buenaventura: «Regidme Vos, Reina mía, y no me dejéis a mi voluntad». Mandadme, empleadme a vuestro arbitrio, y castigadme también cuando no os obedezca, pues los castigos que me vinieren de vuestra mano me serán muy saludables. Más aprecio yo el título de esclavo vuestro que el ser dueño

de todo el mundo. Aceptadme ¡oh Maríal por vuestro, y pensad por tanto en salvarme; porque, si hasta hoy os he servido tan mal, en adelante propongo imitar a vuestros más amantes y fieles servidores, apartándome de todo pecado y cumpliendo la ley de Dios hasta el fin de mi vida; para la cual os suplico, Reina mía clementísima, me alcancéis la gracia de vuestro divino Hijo y especialmente el favor que solicito en esta novena, si ha de ser para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

PETICION.— Aquí cada uno pida a la Santísima Virgen la gracia particular que desea.

ORACION FINAL

PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Madre y Señora nuestra del Quinchel aquí nos tenéis postrados a vuestras benditas plantas, como el esclavo en presencia de su dueño, el vasallo de su reina, el mendigo delante del poderoso,—suplicándoos, Señora benignísima, no rehuséis volver vuestros piadosos ojos desde vuestro excelso trono sobre este pueblo que tiene a gloria proclamarse todo vuestro, y que hoy acude a Vos confiado en el poder, amor y benignidad con que quiso enriqueceros Dios, para que como Reina de las misericordias podáis aliviar nuestras miserias. Conmuévanse, pues, vuestras entrañas, y usando de libertad materna

con vuestro divino Hijo pedidle las gracias que imploramos en esta novena:— paz y prosperidad en nuestra República, conservación de su fe, celo santo en los ministros del altar, consejo en los magistrados, unión y concordia en las familias, abundancia en nuestros campos, serenidad en nuestro suelo, gracias abundantes de santificación sobre todos los hijos del Ecuador, para que disfrutando aquí en la tierra de vuestras misericordias, merezcamos ir un día a celebrarlas eternamente en el cielo. Amén.

¿Quién es esta que se adelanta como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, intrépida como un ejército bien ordenado?

Y. Colocada está María, la santa Madre de Dios.

R. Sobre los coros de los Angeles en el reino de los cielos.

Os suplicamos, Señor, perdonéis todas nuestras culpas, a fin de que, pues no podemos alcanzar vuestra gracia por solos nuestros méritos, logremos salvarnos por intercesión de María Santísima Madre de vuestro Hijo Nuestro Señor, el cual vive y reina con Vos por los siglos de los siglos. Amén.

Una *Salve* a la Santísima Virgen en memoria y agradecimiento de los innumerables portentos que ha obrado en beneficio de sus devotos.

NOTA. Aquí se puede terminar; o si se quiere, añádase la letrilla siguiente, cantada o rezada.

En los días siguientes se rezará todo como en el primero, fuera de la 2ª oración, que es propia de cada día.

Letrilla final (*)

*Virgen del Quinche,
Madre de Dios,
Danos piadosa
Tu bendición.*

Salve María,
Mística Rosa,
Madre amorosa
Del Salvador,
Canten mis labios
Con dulce acento;
Repita el viento
Himnos de amor.

Tú eres, oh Reina,
Nuestra esperanza,
La dulce alianza
De nuestro Dios;
Y entre las olas
De hondos pesares
Surcar los mares
Quiero con Vos.

¡Ayl qué naufragio
Fiero amenaza
La innoble raza
Del pecador!

Tiende tu brazo
Firme y potente,
Madre clemente
De un Dios de amor.

Satán furioso
Manchar quería
Virgen María
Tu concepción;
Mas tú humillaste,
Con pie bendito,
Del ser maldito
La rebelión.

Cual desterrados
Entre cadenas
Amargas penas
Nos ves sufrir.
Piedad Señora,
Madre querida;
Sin tí la vida
Fuera morir.

(*) La letrilla que suelen cantar en el Quinche se encontrará al fin de este opúsculo.

Con cruda guerra
Luzbel furioso
Maquina ansioso
Mi perdición.
Muéstranos, Madre,
¡Ayl dulce prenda!
La estrecha senda
De salvación.

¡Madre del Quinchel
Tú eres mi estrella
Que luce bella
En la aflicción.
Si amarga pena
Conturba mi alma,
Tú eres la calma
De mi dolor.

Mi vida toda
¡Ayl tuya sea,
Tu amor posea
Todo mi ser.

Que si te amo
Con amor tierno,
Nunca el infierno
Me ha de vencer.

¡Madre del Quinchel
A tí clamamos,
De tí esperamos
Consuelo y paz.
Vuelve a nosotros
Esos fulgentes
Ojos clementes,
Por tu piedad.

Y cuando el alma
De este destierro
Rompa el encierro
Tan opresor,
Al rico fruto
De tu amoroso
Seno dichoso
Preséntanos

*Virgen del Quinche
Madre de Dios,
Danos piadosa
Tu bendición.*

DIA SEGUNDO

ORACIÓN

¡Oh soberana Reina mía y digna Madre de mi Dios, Santísima Virgen del Quinchel siendo, como soy, un gran pecador, no debiera tener ánimo para acercarme a vuestro excelso trono, cuánto más para llamaros Madrel Mas no quiero que mis miserias me priven del consuelo y confianza que siento al invocaros con este dulcísimo nombre de Madre. Bien merezco, lo sé, que me desechéis; pero os suplico miréis antes lo que ha hecho y padecido vuestro Jesús por mí; y después desechadme, si podéis. Yo soy un pobre pecador, el más miserable de los pecadores; pero, Señora, el mal está hecho: ¿no habrá para mí ningún remedio? A Vos acudo, Vos me podéis ayudar: ¡ayudadme, Madre mía! No me digáis que no podéis; porque yo sé que sois omnipotente y que Dios os da gusto en todo lo que deseáis; mas, si en fin no me queréis ayudar, decidme a lo menos a quién debo acudir para que me socorra en tanta desdicha mía. Pero no, no me podéis desechas, porque sois mi Madre, y Madre benignísima y amabilísima; así os llamo, y así quiero siempre llamaros, porque Vos, después de Dios, habéis de ser mi esperanza, mi refugio y mi amor en este valle de lágrimas

mas, y mi salvación en la hora de mi muerte. Mas ahora, por el amor que tenéis a vuestro divino Hijo, concededme la gracia de una verdadera conversión y el favor especial que solicito en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, honor vuestro y bien de mi alma. Amén.

DIA TERCERO

ORACIÓN

¡Oh Madre de mi Dios y única esperanza mía! Héme aquí a vuestros pies, Santísima Virgen del Quinchel. Yo soy, es verdad, un miserable y pobre pecador; pero Vos sois llamada el refugio de los pecadores; sois, pues, también mi refugio; Vos me habéis de salvar. Acordaos cuánto quiere vuestro divino Hijo nuestra salud; cuánto hizo y padeció por salvarnos. Mostrad ahora que le amáis, dando la mano a un caído que por su amor implora vuestra piedad. Si yo fuera un santo, no pediría misericordia; mas, porque soy pecador, acudo a Vos, que sois Madre de Misericordia. Sé que vuestro piadoso corazón se complace en socorrer a los necesitados, y tanto más cuanto mayor sea su miseria. He aquí que podéis satisfacer a la inclinación de vuestras piadosas entrañas; pues soy tal, que merezco ser arrojado al

infierno; aunque no tan infeliz, que con mi obstinación impida la eficacia de vuestro patrocinio. No, Madre mía, no soy pecador obstinado, ni Dios permita que jamás lo sea. En vuestras manos me pongo, y a Vos me entrego sin condición ni reserva; decidme qué he de hacer, y alcanzadme fuerzas para ejecutarlo; que yo propongo firmemente no omitir cosa alguna que sea preciso hacer para recobrar la divina gracia y resucitar de la muerte del pecado al ser y condición de hijo de Dios. En fin, Madre mía dulcísima, yo me refugio bajo vuestro manto; Jesús me manda acudir a Vos como a Madre, y quiere que deba mi salvación no sólo a sus méritos infinitos, sino también a vuestros ruegos y maternal cuidado. A Vos acudo, en Vos confío, ¡oh María, Madre mía!; alcanzadme la verdadera salud y vida de mi alma, y también la gracia particular que solicito en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

DIA CUARTO

ORACIÓN

¡Oh gran Madre de Dios y Madre mía clementísima! no soy digno de tomar en mi boca inmunda vuestro santísimo nombre: lo confieso con mucho dolor; pero vos me ha-

béis de conceder que os pueda invocar siempre en mi socorro. ¡Oh Marfál haced que vuestro dulcísimo nombre sea de hoy en adelante la respiración de mi vida. Sois la Reina del cielo, la Señora del universo, la Madre de Dios, por eso vuestro nombre es el júbilo y encanto del cielo y de la tierra: la alegría de los bienaventurados, y el consuelo de los que aún peregrinamos en este destierro. Sea para siempre bendita aquella mano divina que ha unido en Vos tanta majestad con tanta ternura, tanta grandeza con tanto amor. ¡Oh consoladora de los afligidos! consolad a un afligido que pone en Vos toda su esperanza. Siento los remordimientos de mi conciencia, porque no sé si he llorado como debía mis tantos y tan grandes pecados. El infierno está esperando mi muerte para acusarme; la justicia de Dios ofendida reclama y exige satisfacción; Madre mía ¿qué será de mí? Si vos no me socorréis, yo estoy perdido; ¿qué decís? queréis socorrerme? ¡Oh Virgen piadosísima! consoladme por el amor de vuestro divino Hijo; alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados; alcanzadme fuerzas para enmendarme y ser fiel a Dios en lo que me resta de vida; y después, cuando me encuentre en las últimas angustias de la muerte, ¡Oh Marfál no me desamparéis; venid entonces en mi auxilio, asistidme, fortalecedme, ayudadme a invo-

car con el corazón y con la boca vuestro dulcísimo nombre junto con el de Jesús. ¡Oh! qué dicha será la mía, si por vuestros méritos obtengo la gracia de morir repitiendo: *Jesús! María! Jesús! María! el corazón os doy y el alma mía!* Yo espero me alcancéis esta gracia tan grande, y también el favor especial que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, honor vuestro y bien de mi alma. Amén.

DIA QUINTO

GRACIÓÑ

¡Oh Madre del santo amor! ¡oh vida, refugio y esperanza nuestra, Santísima Virgen del Quinchel! Vos sabéis que vuestro divino Hijo, no contento con hacerse nuestro perpetuo abogado delante de su Eterno Padre, ha querido también que a vuestra solicitud y empeño debamos nuestra salvación; por esto acudo a Vos, ¡oh esperanza de los pecadores! yo el más miserable de todos. Espero, Señora, que, por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesión, me he de salvar. Así lo confío, y tanto, que si mi salud eterna estuviese en mi mano, ahora mismo la pusiera en las vuestras; pues más confío en vuestra misericordia, que en todas mis diligencias. ¡Madre y esperanza mía! socorred-

me y salvadme. Confieso que muchas veces he cerrado con mi mala voluntad la puerta a la luz y a los auxilios que me procurabais del Señor; pero vuestra piedad para con los miserables, y el valimiento que tenéis para con Dios superan la malicia de mis innumerables pecados. El cielo y la tierra saben que no se pierde el que de Vos es protegido; olvidense todos de mí, como Vos no me olvidéis. ¡Oh Madre del Todopoderoso! decid a Dios que yo soy vuestro esclavo; decidle que Vos me defendéis, y me salvaré. ¡Oh Marfa! yo me fío de Vos, y en esta seguridad vivo, y en la misma quiero y espero morir diciendo siempre: *Jesús es mi única esperanza; y después de Jesús, mi Madre la Virgen María!* Alcanzadme pues esta gracia tan grande, y juntamente el favor que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

DIA SEXTO

ORACIÓN

¡Oh Marfa! ¡oh abogada mía! ¡oh amantísima Madre mía del Quinchel! si Vos no me hubierais detenido con vuestra piadosa mano, ¡ay! en qué abismo de males me hallara al presentel; si Vos no hubierais aplacado

la justa ira de Dios con vuestros ruegos, en este instante ya estuviera sepultado en los infiernos: eso merecían mis pecados; eso reclamaba la divina justicia; eso aguardaban por momentos y ansiaban ejecutar bramando los demonios. Pero Vos acudisteis ¡oh María! aún cuando yo no me acordaba de implorar vuestro auxilio, y Vos me salvasteis. ¡Oh amabilísima libertadora! ¿qué os podré yo dar por este gran beneficio? Vos vencisteis luego la dureza de mi corazón, y me enseñasteis a amaros y a tener confianza en Vos. Y en tantos peligros, en que me he visto a punto de caer, Vos me tendisteis la mano y me librasteis. Proseguid, ¡oh esperanza mía! oh Madre mía más amada que mi misma vida, proseguid abogando por mí delante de vuestro divino Hijo, y libradme para siempre del infierno, dándome una muerte santa. ¡Oh! no permitáis que yo llegue a maldeciros en compañía de los condenados; me estremezco de sólo pensar que sea posible. Señora mía, yo os amo con todo mi corazón; ¿cómo os ha de sufrir el vuestro ver condenado a quien os ama? Por amor de Dios alcanzadme que no vuelva a ser ingrato, como lo fui un tiempo a Vos y a mi Dios. ¡Oh María! ¿qué decís? ¿me condenaré . . . ? Sí, ciertamente . . . , si me olvidare de Vos. Pero ¿cómo podré olvidarme del amor que me habéis tenido: Vos,

después de Dios, sois todo mi amor; os amo y espero siempre amaros en el tiempo y en la eternidad. Alcanzadme, Madre mía, esta gracia, que me asegure todas las demás, y especialmente el favor que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

DIA SEPTIMO

ORACIÓN

¡Oh Madre mía dulcísima!, Vos sola, desde el primer instante de vuestra concepción, fuisteis revestida del sol divino, y aparecis- teis graciosísima y hermosísima a las miradas del mismo Dios, que se complace en haberos hecho la más pura, la más santa, la más amable de todas las criaturas, la copia más perfecta y acabada de sus infinitas perfec- ciones! Vuestro Corazón purísimo es el más parecido y semejante al divino Corazón de Jesús; vuestros sentimientos y afectos son los de Jesús, y los sentimientos y afectos de Jesús son los vuestros, y por eso Je- sús tiene sus delicias en Vos. Yo bendigo mil veces y doy gracias a Dios, por haberos hecho la imagen más bella de su infinita belleza, la obra más grandiosa entre todas sus obras, fuera del misterio de la Encarna-

ción; mas al mismo tiempo me vuelvo a Vos, ¡oh Maríal, para implorar vuestra piedad. Mirad ¡oh Madre! la pobreza y miseria de este vuestro hijo. ¿Cómo es posible que, teniendo yo una Madre tan santa, haya de ser tan malo?; una Madre que toda arde en llamas de amor a Dios, y que yo ame a las criaturas!; una Madre tan rica de virtudes, y que me vea tan falto de todas ellas! Alcanzadme una pureza angelical, una humildad profundísima, una caridad y una mortificación a toda prueba: en fin, dadme una parte de vuestras inmensas riquezas, como Madre que reparte con sus hijos lo que tiene. Esta gracia espero de vuestro amor de Madre, juntamente con el favor especial que os pido en esta novena, para gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén

DIA OCTAVO

ORACIÓN

¡Oh Señora y Madre mfa, Santísima Virgen del Quinche! sólo el saber que os puedo amar, y que no desdenáis el amor de un pobre pecador, es ya para mí una gracia muy grande; mas ¿qué me aprovecharía, si no llegase a amaros efectivamente con todo mi corazón? Puesto que me habéis hecho tan-

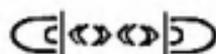
tas mercedes, no me neguéis la que ahora os pido ¡oh Virgen clementísima! Quiero amaros sobre todas las cosas; quiero amaros con toda mi alma y con todas mis fuerzas. ¿Quién me diera ser tan puro, tan fervoroso como un San Estanislao, como un San Luis y tantos otros dichosísimos hijos vuestros, que, mediante vuestra devoción, arribaron en breve a la más encumbrada santidad? ¡Ay de mí! ¿qué es lo que digo?; si soy un tan gran pecador, ¿cómo me atrevo ni siquiera a pensarlo? Mas esto me aseguran los santos, y me encarecen vuestros mismos siervos, ¡oh Virgen benditísima!: que por vuestro medio hasta los mayores pecadores llegan a ser grandes santos. Pues héme aquí resuelto y determinado firmísimamente a enmendar toda mi vida, a huír todo peligro y ocasión de ofender a mi Dios, a imitar vuestros santísimos ejemplos, a emular el fervor y generosidad de vuestros más amantes siervos; y gloria vuestra será, ¡oh Virgen poderosa!, y gloria de vuestro divino Hijo, hacer de este pecador un predestinado. Así lo confío así lo espero, así os pido lo hagáis conmigo ¡oh Madre bondadosa!, y juntamente espero me concedáis el favor especial que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

DIA NOVENO

ORACIÓN

¡Oh Santísima Virgen del Quinche, Reina del paraíso, Madre del santo amor! ya que sois entre todas las criaturas la más amable y la más amada y amante de Dios, tened a bien que os ame un pecador, el más ingrato y desdichado que hay en el mundo, pero que, viéndose libre del infierno por vuestra intercesión, y, sin ningún mérito suyo, tan favorecido de Vos, se halla prendado y cautivo de vuestra Bondad, y en Vos pone toda su esperanza. Yo os amo, Señora mía, y quisiera teneros un amor aun más tierno y generoso que el que os han tenido los Santos más amantes. Quisiera daros a conocer a todos los hombres que no os conocen para que todos os amasen y honrasen como merecéis; quisiera en fin morir por vuestro amor, defendiendo vuestra virginidad, vuestra dignidad de Madre de Dios, vuestra Inmaculada Concepción, si se ofreciese ocasión de dar mi vida para defender vuestros privilegios y prerrogativas. Porque después de la gracia de Dios, no deseo otra cosa más que el amaros y el ser amado de Vos; ni quiero pensar en otra cosa, sino en servirlos, alabarlos, honrarlos y procurar que otros muchos os amen, sirvan y reverencien; en fin, quiero

alcanzar el cielo, para amaros perfectamente en compañía de todos los bienaventurados. Allí conoceré mejor cuán amable sois; allí os amaré sin temor de perder nunca vuestro santo amor. ¡Oh María! yo espero salvarme por vuestro medio: rogad a Jesús por mí, y no quiero más. Iré, pues, siempre cantando: *¡Oh María esperanza mía! Vos me habéis de salvar!* Mas ahora, juntamente con vuestro amor, concededme también la gracia que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.



NUEVE CONSIDERACIONES

Y EJEMPLOS

ACOMODADOS A CADA UNO DE LOS DÍAS DE LA
NOVENA

PRIMERA CONSIDERACION

*María Reina de misericordia y Emperatriz
del universo.*

Todos los ciudadanos y moradores de la Jerusalén celestial, como otros tantos reyes y reinas, ocupan tronos magníficos, según fue visto por San Juan en su Apocalipsis, y tienen ceñidas sus sienes de coronas brillantísimas, y están revestidos de unos ropajes más preciosos y relucientes que la plata y el oro bruñidos; pero no son todos de un mismo orden y dignidad; ni se acercan igualmente al solio de la Divinidad; sino que el grado y la preeminencia de cada uno corresponde al grado y excelencia de sus virtudes. Ahora bien, si las virtudes y méritos de la Virgen María fueron desde el principio de su carrera, es decir, desde su Inmaculada Concepción, tan sublimes y excelentes, que sobrepusieron el mérito y virtud de todos los ángeles y

santos; y si, al primer ímpetu y vuelo de su espíritu, se halló encumbrada la santísima Niña sobre el coro de las Vírgenes por su pureza, sobre el ejército de los Mártires por su fortaleza, sobre el colegio de los Apóstoles por su celo, sobre la jerarquía de los Serafines por su caridad, sobre toda gracia, sobre toda hermosura, sobre toda grandeza: —¿a qué altura se encumbraría, cuando, después de una vida santísima de más de sesenta años, pasó a recibir el premio de sus inefables méritos? Entonces fue cuando toda la corte celestial la saludó con aquellas gloriosísimas aclamaciones de Reina de los Confesores y de los Mártires, Reina de los Patriarcas y de los profetas, de los Principados y de las Potestadas, de los Querubines y de los Serafines, Reina y Señora de todos los Angeles y Santos: *«Ave, Regina coelorum; ave, Domina Angelorum»*.

Pero aún tiene la Santísima Virgen otro título más relevante, para ser Emperatriz del universo: el de su maternidad divina. «Si el cuerpo santísimo de Jesucristo es la carne y sangre de su Madre, ¿cómo puede concebirse», dice San Arnaldo, «que María no tenga parte en las prerrogativas de su Hijo? Hay, pues, que reconocer que la realeza del Hijo es la realeza de la Madre». Por eso está sentada la Santísima Virgen a la diestra del Rey de la gloria; por eso las jerarquías

de los espíritus bienaventurados le reconocen vasallaje, y todos los Santos, levantándose de sus tronos, le rinden humildemente sus coronas; por eso la administración y gobierno de las criaturas depende, como afirma San Bernardo, de su soberana voluntad. Pero para con los hombres sólo es Reina de misericordia; y este fue precisamente el fin que tuvo Dios al escogerla y bendecirla entre todas las mujeres: el ejercer por su medio la misericordia; o, como dicen Gersón y Santo Tomás de Aquino, el darle por cesión el reino de la misericordia, reservándose el de la Justicia. ¡Oh! qué consuelo para el pobre pecador, temeroso de la ira divina, saber que antes de la justicia ha de ejercerse la misericordia, y que ésta se halla toda en María, la cual no sabe lo que es dureza ni rigor, antes sólo se precia de ser todo amabilidad, ternura y compasión para con los miserables hijos de Eva! Acudamos, pues, con gran confianza a la Santísima Virgen, como al trono de la divina gracia (Hebr. IV—16), seguros de ser oídos y despachados felizmente, sabiendo cuán poderosa es para con Dios, como verdadera Madre de Dios, y cuán rica y llena está de misericordia, para que no haya viviente sobre la tierra que no disfrute de sus favores.

EJEMPLO

ORIGEN DE LOS MILAGROS DE LA
VIRGEN DEL QUINCHE

Sería por los años de 1585 a 1586 cuando los habitantes de *Oyacachi*, recién convertidos de la gentilidad, lograron conseguirse después de muchas diligencias una devotísima imagen de Nuestra Señora. ¿Quién les dijera entonces la inestimable riqueza del tesoro que acababan de conseguirla. Recibieronla con grandísimo contento en su pobre caserío: y después de acomodarla en un nicho que hallaron a propósito en una peña, comenzaron a rendirle culto a su manera, rezando principalmente la doctrina cristiana y adornando la peña con ramas y flores del campo; y comenzó también la Reina del cielo a prodigar sus gracias a aquellos sencillos moradores de las selvas. El primer prodigio, que todos observaron muchas veces, fue que una multitud de hermosas avecitas venían como a hacer la corte a la Reina de los cielos, revoloteando y cantando todo el día al rededor de la sagrada Efigie, sin espantarse ni ahuyentarse por más que se acercasen a ellas los embelesados indígenas. Pero ¡cuánto mayor no fue su admiración, al notar por la noche iluminada la peña y todo el campo y bosque en derredor con una luz

nunca vial Acudieron alborozados a ver de dónde podría nacer tanta claridad, y reconocieron con asombro que el foco de esa luz tan viva y apacible era la misma imagen de la Santísima Virgen. ¡Oh bondad y clemencia de la Reina del cielo! mostrábase revestida del sol y coronada de estrellas a la vista de sus queridos indiecitos, desterrando con su presencia las sombras de la superstición y alumbrándoles el camino del cielo!

Una vez inaugurada de esta suerte la milagrosa Imagen, ¿quién podrá contar las maravillas que, durante quince años más o menos, no cesó de obrar en beneficio de sus devotos la *Virgen de la Peña*? (con este nombre la llamaban e invocaban en un principio). Pronto se divulgó la fama de tantos prodigios, y comenzaron luego a acudir muchísimos romeros de todas partes. Fabricaron una regular iglesia en medio del caserío de Oyacachi; y trasladaron a ella la bendita Imagen con mucha devoción y solemnidad; y tanto creció en poco tiempo la devoción de la *Virgen de Oyacachi*, que, para celebrar su fiesta el 21 de Noviembre, acudía de Quito y de otras ciudades y pueblos más lejanos muchísimo gentío. Era ya entonces costumbre que de la Capital se trasladasen allá todos los años dos señores canónigos y algunos padres jesuitas para celebrar con toda solemnidad los divinos oficios y satisfacer la

devoción de los romeros, que no quedaban contentos si no se confesaban y comulgaban en el santuario de la Virgen. Cantábase la misa con mucho aparato, predicábase un buen sermón, y luego se sacaba en procesión la sagrada Efigie al rededor de la plaza entre los acordes de la música; subía al cielo el concierto de la banda y de los cánticos sagrados; henchíanse los aires con las aclamaciones que nuevos y repetidos prodigios arrancaban al entusiasmo de los peregrinos; como sucedió más de una vez, cuando, a la hora en que iba a salir la procesión, estando armadas de nubes y a punto de descargar sus torrenciales aguaceros, se mantuvieron suspensas todo el tiempo necesario, o se abrieron y retiraron del todo, haciendo lugar a los resplandecientes rayos del sol, para que se viese el gran poder que tiene la Santísima Virgen sobre los elementos. En fin, en aquellos días las soledades de Oyacachi se transformaban como por encanto, y eran las delicias, bien podemos asegurarlo, de los ángeles y de los hombres. Así empezó y se propagó la devoción de la *Virgen de Oyacachi*, hasta que al cabo de unos quince años, por efecto de la justicia divina respecto de unos, y de su amorosa providencia respecto de otros, abandonó la prodigiosa Imagen aquella su primera mansión, y se trasladó por dicha nuestra al lugar donde ahora la

veneramos y conocemos con el dulcísimo nombre de la VIRGEN DEL QUINCHE! Los indígenas de Oyacachi bajan todos los años al Quinche para las fiestas de la Virgen, y al par que confiesan haberla perdido por los pecados de sus promogenitores, le ofrecen un tributo especial en reconocimiento de su soberanía, y en acción de gracias por los efectos que aún experimentan de su maternal cariño. Sin duda los conserva el Señor para que sean perenne testimonio del origen que tuvo en aquellos remotos tiempos la hoy extendida devoción a la Santísima Virgen del Quinche.

SEGUNDA CONSIDERACION

María Madre clementísima del género humano

Uno de los grandes beneficios que ha hecho el Señor a todos los fieles cristianos es sin duda el de haberles infundido un afecto y confianza de hijos para con la Santísima Virgen. ¿Quién no sabe, si no, la dicha que se encierra en poder decir con todo el corazón, volviéndose a Nuestra Señora: «¡Ay! Madre mía dulcísima, acuérdate de mí». Este como instinto sobrenatural nos lleva suave eficazmente a María; y, si de veras vamos a María, seguros estamos de llegar por su medio a Dios, nuestro último fin.

Mas, así como, en lo natural, el afecto que un hijo siente para con su madre está fundado en la misma naturaleza, y corresponde a la condición y sentimientos naturales de su madre; así en el orden de la gracia, los sentimientos que todo pecho cristiano abriga para con la Santísima Virgen, se fundan en la misma gracia, y corresponden maravillosamente al amor de Madre que María Santísima nos tiene. Sí, la Madre de Dios es nuestra Madre. . . . De ahí, que sintamos esa ternura, cuando la oímos nombrar; de ahí que le tengamos ese afecto y amor de hijos; y ¡ay de nosotros el día en que perdamos esos sentimientos! pues son, como aseguran los santos, la última prenda de salvación que se suele perder.

Dos fueron las ocasiones solemnes en que María adquirió la prerrogativa de verdadera Madre de los vivientes. Primeramente, cuando dió su consentimiento para la encarnación del Verbo divino, y le concibió en sus purísimas entrañas por obra y gracia del Espíritu Santo; porque entonces, como pondera San Bernardino de Sena, rogó a Dios con intensísimo afecto por todos nosotros, y de tal suerte se dedicó a procurar nuestra salvación, que fue lo mismo que llevarnos desde ese instante en su seno, como amorosísima Madre. En segundo lugar, nos engendró María espiritualmente, cuando en el Calvario ofre-

ció al Eterno Padre con inmenso dolor de su corazón la vida de su querido Hijo, por nuestra salud. Porque entonces fue, cuando nuestro Divino Redentor, mirando desde el ara de la cruz a su Madre bendita traspasada de dolor, y, a su lado, a San Juan, el discípulo amado, dijo a su Madre: «Mujer, ahí tienes a tu Hijo»; y luego al discípulo: «Ahí tienes a tu Madre»; con las cuales palabras, dice S. Bernardino, fue hecha María Santísima Madre no sólo de S. Juan Evangelista, sino de todos los hombres, por el amor purísimo y ardentísimo con que entonces los concibió espiritualmente. ¡Oh! dichosos de nosotros, que tenemos tan buena Madrel ¿Qué gracias daremos a nuestro benignísimo Salvador por habernos dejado por Madre a su propia Madre? ¿Qué joya más preciosa en el cielo ni en la tierra, qué herencia más rica y colmada que la Madre del mismo Dios? ¡Oh piedad y liberalidad de nuestro amantísimo Redentor! por cuya voluntad y disposición tenemos derecho, hasta los más infelices pecadores, para acudir a María Santísima como a seguro asilo, como a firmísimo amparo, como a última esperanza, como a suspirado refugio, como a ternísima Madre y poderosísima mediadora nuestra ante el trono de Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

EJEMPLO

EL ESCULTOR DE LA VIRGEN DEL QUINCHE

Entre los piadosos quiteños que se encaminaron a Oyacachi tan luego como tuvieron noticia de los primeros prodigios obrados por la *Virgen de la Peña*, fue también Diego Robles, hábil carpintero y escultor, el mismo que había esculpido la bendita Imagen y cedídola a los indígenas de Oyacachi sin sospechar que estuviese destinada por Dios para instrumento de tantas maravillas: Ya estaban entonces los oyacachis ocupados en la fábrica de su Iglesia, muy pobre, por supuesto, con el fin de tener donde dar culto a la Santísima Virgen más dignamente; y al ver a Diego Robles entre los demás romeros, creyeron ser ésa la mejor ocasión para lograr que siquiera el nicho de la sagrada Imagen fuese trabajado con más esmero y gusto; y se lo propusieron, ofreciéndose a pagarle bien, si venía en ello, seguros por otra parte de que no rehusaría hacer ese obsequio a la Santísima Virgen, según las muestras que había dado de ser buen cristiano a la vez que diestro escultor y carpintero. Pero Robles, luego que hubo cumplido con su devoción como los demás romeros, no pensó sino en volverse a su casa cuanto antes; así que, sin dar oídos a la propuesta que le hi-

cieron, montó a caballo y se despidió de Oyacachi, excusándose con sus ocupaciones para no acceder a las instancias de los indígenas. Quedaron, pues, éstos muy desconsolados; pero no permitió el cielo que durase mucho su desconsuelo. El caso fue, que, al pasar Robles el puente de un río profundo, tropezando el caballo en que iba, cayó, con el peligro que se deja entender en tan mal punto; fuera sin duda ninguna a estrellarse contra los pedrones del fondo, si en ese instante no le socorriera la que es amparo y remedio de los desgraciados. Felizmente, al ser lanzado de la caballería, reconoció su ingratitud para con la *Santísima Virgen de la Peña*, la invocó arrepentido y, como ninguno de los que la invocan en sus necesidades queda confundido, al punto alcanzó el auxilio de la Madre de Misericordia; porque enredándosele una de las espuelas en las raíces y nervios que tejían el puente, quedó suspendido por un pie, cabeza abajo. Invocó de nuevo el auxilio de la *Virgen de la Peña*, y en ese momento sintió que llegaban unos transeuntes, los cuales como le vieron colgado de esa manera, corrieron con mucho interés y se pusieron a maniobrar, para sacarle del peligro inminente que corría de caer en el río, safándosele la espuela de las raíces del puente: le desenredaron y levantaron con gran cuidado, y ayudaron en todo con

muy buen modo hasta dejarle en salvo. Robles, se halló sin saber cómo, libre de una muerte segura; mas cuando quiso agradecer tan gran beneficio a los que había tenido por transeuntes que acaso hubiesen acertado a pasar en esos momentos, no vió a nadie ni supo cómo ni por dónde pudieron desaparecer. Entonces reconoció que el hallarse sano y salvo lo debía únicamente a la Santísima Virgen, y que todo había sido un aviso del cielo, que le amonestaba de su poca piedad y caridad en no prestarse a la demanda de los devotos oyacachis. Bien aleccionado con el peligro, y lleno de gratitud para con la *Virgen de la Peña*, se volvió inmediatamente a Oyacachi, y permaneció allí todo el tiempo que fué menester para labrar el nicho de la Virgen y dejar contentos a aquellos indígenas tan atendidos y privilegiados de la misma Reina de los Angeles. Dichoso él, que supo aprovecharse de la amonestación del cielo y corresponder con eterna gratitud a la Madre de misericordia, la cual no desoyó el ruego de su devoto, aunque él por su falta tenía bien merecido el castigo.

Aprendamos en este ejemplo a no dejar pasar ocasión alguna de honrar y obsequiar a la Santísima Virgen sobre todo cuando alguien nos pidiere algún favor en su nombre, y mucho más cuando los ministros de Dios nos exhortan a practicar algún acto de piedad, o

a cumplir con nuestros deberes de cristianos por amor a *Nuestra Madre del Quinche*. Porque de lo contrario, si ni el temor de los castigos eternos ni el cariño de nuestra amabilísima Madre bastan para arrancarnos una generosa resolución de convertirnos a Dios y mudar de vida, ¡ay tristes! la maldición de Dios nos seguirá a todas partes. Pues he ahí, oh devoto de la *Virgen del Quinche*, que el obsequio que te ruego le hagas (y te ruego y pido en su nombre, porque sé cuánto le agrada), es que entres dentro de tí, te prepares para una buena confesión y propongas firmemente enmendarte de tus pecados. ¿No le puedes hacer este obsequio? Sí, que lo puedes muy bien; y si no lo haces, será solo porque no quieres. Otros muchos que se lo han hecho generosamente, ¡ah! qué consolados han quedado! qué dichosamente han disfrutado de los favores y bendiciones de su dulcísima Madre.

TERCERA CONSIDERACION

María vida nuestra

Para entender bien el motivo porque la Santa Iglesia nos hace llamar a María Santísima *vida nuestra*, es preciso saber que, así como el alma da vida al cuerpo, así la divina gracia da vida al alma; y que una

alma privada por el pecado, de la gracia de Dios, aunque parezca estar viva, en realidad está muerta, según aquellas palabras del Apocalipsis: «Tienes nombre de viviente y estás muerto» (III—1). María, pues, alcanzándonos la gracia y el perdón de nuestros pecados, nos vuelve la vida; y he ahí la razón porque la Iglesia, aplicándole las palabras de la Sabiduría, la hace hablar de esta manera: «Los que madrugaren a buscarme, me hallarán; y los que me hallaren, hallarán la vida y recibirán de Dios la verdadera salud». Las cuales palabras considerando San Buenaventura: «Atended y oíd», exclama, «los que aspiráis al Reino de Dios: honrad a María, y alcanzaréis la vida y la salud eterna». Con razón San Lorenzo Justiniano llama a la Santísima Virgen: «Esperanza de los delincuentes»; porque Ella les alcanza de Dios el perdón de sus delitos. Con razón San Bernardo la apellida «Escala de los pecadores»; porque Ella les tiende la mano y los levanta del abismo de la culpa. Con razón dice San Agustín, que es la única esperanza de los pecadores; puesto que sólo por su medio esperamos el perdón de todos nuestros pecados. Y abundando en el mismo sentido San Juan Crisóstomo, después de decir que sólo por intercesión de María se nos perdonan nuestras culpas termina así saludándola a nombre de todos: «Dios te

salve ¡Madre de Dios y nuestro cielo donde habita el Altísimol trono, donde dispensa todas sus gracias! no ceses de rogar a Jesús por nosotros, para que, por tus ruegos, podamos hallar misericordia en el día de la cuenta, y alcanzar los bienes eternos prometidos a los buenos».

Mas ¡oh dolor! cuántos infelices yacen sepultados en el sueño del pecado, hundidos en el profundo abismo de la culpa, muertos a la vida de la gracia, sin esperanza de ver a Dios algún día ni gozar de la gloria de nuestra amabilísima Madre, mientras no quieran despertar de ese sueño y letargo de muerte! ¿Acaso porque les faltan los auxilios necesarios? ¿Acaso porque Dios haya decretado su reprobación y no quiera ya usar con ellos de misericordia? Eso sería, sino tuviéramos quien supiese interesarse delante de Dios por nosotros; si no tuviéramos una Madre que se apiadase de nuestras desdichas y pudiese librarnos de todas ellas. Pero, si María es nuestra esperanza y nuestra vida; si María es nuestra fiadora para con su divino Hijo, y nuestra escala para subir al cielo, como los Santos Doctores y la Iglesia nuestra Madre nos enseñan, ¿a qué debe atribuirse que tantos se encuentren muertos en el alma, hace ya tanto tiempo, y en peligro inminente de perderse para siempre? ¡Ah! únicamente a que no quieren acudir a María

con verdadero deseo de reconciliarse con Dios; ni aun talvez se llegan a saludarla con filial afecto, por más que sienten muy bien que los llama su Madre con tanto cariño y ofrece el perdón de todos sus pecados.

EJEMPLO

UMA CRIATURA DEVORADA POR UN OSO

Uno de los mayores prodigios obrados por la Santísima Virgen del Quinche es, sin duda ninguna, el que se representa en uno de los cuadros que visten los muros del santuario, y es el cuarto de la segunda hilera de la izquierda, conforme se entra por la puerta principal. Entre los indígenas de Oyacachi que se presentaron de buena voluntad para ir al bosque a cortar madera para la iglesia de la Virgen de la Peña se distinguió uno, cuyo nombre se ignora, aunque sí se sabe el de su mujer, que se llamaba Marta Sumanguilla. Ambos salieron con mucho gusto al trabajo y se internaron en el monte llevando consigo un hijito que tenían de un año; y habiendo encontrado un sitio a propósito para el fin que llevaban, acomodaron al niño a la sombra de unas ramas, y, dejándole dormido, siguieron un poco más adelante y empezaron a cortar un árbol, sin ocurrírseles siquiera al pensamiento la posibilidad de alguna desgracia o

suceso lamentable. Mas a poco, o fuese porque oyeron algún gemido o ruido extraordinario, o porque el corazón les dió uno de aquellos avisos irresistibles que los padres, y sobre todo las madres, saben entender perfectamente, corren sobresaltados al lugar donde habían dejado a su hijo. ¡Qué horror! hallan que un disforme oso está encima de la criatura cebándose en sus tiernos miembros y relamiéndose ferozmente, con la boca ensangrentada. Mas es para pensar lo que sintieron entonces aquellos infelices padres. . . . Arrójanse inmediatamente sobre la fiera; y gracias a que traían consigo una hacha, la hicieron huír. Mas al acercarse a la camilla del niño, hállanle muerto y anegado en su sangre, con un brazo ya comido por el oso. El dolor no les dió lugar para pensar ni hacer otra cosa, que tomar su hijo muerto y despedazado, y correr, como ciegos y fuera de sí, a presentarlo a la Santísima Virgen, depositarlo a sus pies, dentro del nicho, y decirle que, pues el haber ido al bosque a cortar madera para su iglesia había sido la causa de aquella desgracia, a ella le tocaba devolverles su hijo. No reparaban en la grandeza del milagro que pedían; antes, ayudándoles el dolor a avivar más la fe, gimiendo y llorando perseveraban de rodillas y clamaban con ansia indecible, que les devolviese su hijo, ya que, por servirla, le

habían perdido... La oración de los humildes y de los atribulados hecha con fe viva penetra las nubes, y alcanza milagros, cuando milagros se necesitan: estupendo fue el que alcanzaron estos bienhadados indios. Pues al cabo de un buen rato en que así estuvieron clamando el socorro de la Santísima Virgen, al poner los ojos ansiosamente en el cadáver de su hijo, notan que se meane con señales de vida; ambos entonces se levantan como fuera de sí, no ya de puro dolor, sino de puro contento; se abalanzan al nicho, y hallan a la criatura, no sólo resucitada, sino con el brazo restituído, y tan entero, que ni vestigio quedaba en él de herida o lesión alguna; y que sonriéndose angelicalmente y alzando las manecitas, jugueteaba con el manto de la Virgen. ¿Quién podrá pintar el gozo y consuelo divino que inundaba esos corazones?

Pronto llegó a Quito y a otros lugares más remotos la fama de este gran prodigio; con el cual creció mucho la devoción del pueblo a la *Santísima Virgen de Oyacachi*, y afluyeron de todas partes los donativos y exvotos destinados a la construcción y ornato de aquel primer santuario, que inauguró con milagros y consagró con su presencia por 15 años *Nuestra Señora del Quinche*. En cuanto a nosotros, fuera de regocijarnos al ver el gran poderío y virtud de nuestra

Madre adorada, el fruto especial que hemos de sacar de este ejemplo es, concebir un afecto íntimo de amor y confianza filial para acudir en todas nuestras necesidades al amparo y patrocinio de la que es vida nuestra y Madre clementísima. No hay cosas difíciles ni imposibles para María Santísima; antes, cuanto mayores y más arduas fueren, según el orden natural, las gracias que le pidiéremos, más gusto le daremos, ofreciéndole ocasión para que glorifique a su Santísimo Hijo, y cumpla con el encargo que el Señor le hizo desde la cruz. Pidámosle, pues, no solamente el remedio de nuestros males temporales, sino sobre todo el de los males y daños de nuestra alma, que son los que más nos deben interesar, y en cuyo remedio quiere principalmente mostrar la Santísima Virgen toda la eficacia de su poder, atendiendo así a nuestro mayor provecho como a la mayor honra y gloria divina.

CUARTA CONSIDERACION

María dulzura nuestra

«¡Ay! ¿cual es esta vida» dice Tomás de Kempis, «donde no faltan tribulaciones y miserias, y donde todas las cosas están llenas de lazos y enemigos! Porque en faltando una tribulación o tentación viene otra; y

aun antes de que se acabe el combate de la primera, sobrevienen otras muchas no esperadas. Y ¿cómo se puede amar una vida llena de tantas amarguras, sujeta a tantas calamidades y miserias? ¿cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y enfermedades?» (Imit. de C. L. 3. c. 20). Así nos pondera el citado Autor que toda nuestra vida está llena de amargura, desde el primero hasta el último instante; porque «como el ave nace para volar, así el hombre para padecer» (Job. V.—7); y que, si queremos hallar algún consuelo, no hemos de buscarlo en las diversiones mundanas y satisfacción de nuestros sentidos; porque ahí no encontraremos sino «hiel de dragones y veneno de áspides, para el cual no hay remedio» (Deuter. XXXII), sino en el ejercicio de la paciencia y amor de Dios, con que se dulcifican maravillosamente todas las fuentes de amargura, que son los trabajos de esta vida. Así lo experimentaron los santos, y lo experimentan los buenos cristianos, pero especialmente los devotos de la Santísima Virgen. Seamos pues, devotos de María; invoquemos sin cesar su dulcísimo nombre, y veremos que los trabajos de esta vida lleguen a sernos hasta gustosos por virtud de la divina gracia, no de otra manera que las aguas que encontraron los israelitas en el desierto, se convirtieron y mudaron de muy

amargas en muy sabrosas, por virtud del milagroso madero que Moisés echó en ellas.

El sólo nombre de María tiene tal eficacia, que quien le pronunciare devotamente, no podrá menos de sentirse inflamado en su amor y en el amor de Dios, con gran dulzura del alma, como asegura San Bernardo; y San Antonio de Padua, aplicando al nombre de María lo que San Bernardo atribuye al de Jesús, dice que es—«júbilo para el corazón, miel para la boca, melodía celeste para el oído de sus devotos»; como lo atestigua el Beato Enrique Susón, el cual, al invocar el nombre de María, experimentaba una tan gran dulzura, que le parecía tener un panal de miel que se le dirritiese en lo íntimo del alma. Si nosotros sintiéramos los efectos de este nombre amabilísimo ¿haríamos tanta impresión los trabajos de nuestro destierro? Lo cual no quiere decir que, con la devoción a la Santísima Virgen, no hayamos más de padecer en este mundo; dado que ni la misma Santísima Virgen, ni el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, vivieron sin trabajos, antes toda su vida fue cruz y martirio, como dice Tomás de Kempis. Pero ésa es precisamente la eficacia del verdadero amor y devoción a la Santísima Virgen: que en medio de los mayores trabajos estemos conformes y contentos, por el gusto de cumplir la voluntad de Dios y asemejarnos a la Santísima Virgen,

que tantos dolores y amarguras pasó por el amor de su divino Hijo y por nuestro amor. ¿No padece también una madre cuando está curando y velando a su hijo enfermo? pero padece y lo lleva todo con gusto, porque ama a su hijo. Hagamos, pues, compañía a nuestra Madre en sus misterios dolorosos, y Ella nos dará parte en sus misterios gozosos y gloriosos desde esta vida, mediante las consolaciones celestiales, pero sobre todo a la hora de la muerte.

EJEMPLO

UN INDIO, QUE SE HABÍA CORTADO
UNA PIERNA, QUEDA SANO POR OBRA DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN

Con la misma ocasión que el milagro referido en el ejemplo anterior, acaeció también el siguiente entre las primeras manifestaciones portentosas de la Santísima Virgen del Quinche. Uno de los indios que entraron en el bosque a cortar madera para la fábrica de la iglesia de Oyacachi, fue Francisco Huacán, que iba armado de su hacha. Ya había empezado a cortar con mucho brío su árbol, cuando a lo mejor de la faena, errando malamente el golpe, descarga un terrible hachazo en su propia pierna. Voló el hacha lejos, y el pobre indio, anegado en un torrente de sangre, ve que la parte

inferior de la pierna queda unida a la superior solamente por dos nervios. ¡Qué consternación! ¡qué angustia! ¡qué insoportable dolor! Estaba el infeliz tendido en tierra padeciendo lo que no es decible; sus compañeros le acudieron llenos de lástima; pero ¿qué alivio le podían dar?—«Llévenme a la Virgen», dice entonces Francisco, «llévenme, por Dios, que la Virgen me ha de curar». Inmediatamente le alzan en brazos sus compañeros, y le llevan con mucho cuidado a la presencia de la bendita Imagen. Ahí le asientan en el suelo y le acomodan la pierna muerta, y ya casi arrancada del todo, al lado de la otra. Francisco en ese instante, sobreponiéndose a la vehemencia del dolor con el ánimo que le daba su gran confianza, fija los ojos en la Santísima Virgen y comienza a rezarle una *salve*, pero ¡con qué afecto! con qué lágrimas! ¿Desatenderá la Madre de Misericordia los clamores de este pobrecito? ¿le abandonará en tan extrema necesidad? Cierto es que, el haberle sucedido esta desgracia en ocasión de estar haciendo una buena obra precisamente en obsequio de la Santísima Virgen, era para Francisco un motivo que aumentaba su confianza inmensamente; pero aunque éste le faltase, bastábale saber que María es el consuelo de los afligidos, y la salud, vida y dulzura de los que la invocan en sus tribulaciones y amarguras.

Así que aguardaba con toda seguridad el socorro y favor de la Virgen Santísima. Y no se engañó; porque, apenas había acabado de rezarle una segunda *salve*, cuando con asombro suyo y de todos los circunstantes, ve restituida la pierna a su entereza natural y tan perfectamente soldada y curada, que ni señal quedaba del hachazo: el milagro de la Virgen era evidente; los efectos de la fractura desaparecieron por completo y para siempre.

¡Bienaventurados los sencillos de corazón, que, confesando humildemente su miseria, depositan sus cuidados en María! Con ellos se complace en tratar familiarmente la Reina del cielo; para ellos reserva sus más tiernas caricias; para ellos los prodigios mayores y las gracias más singulares. Aprendamos en este ejemplo, primeramente cómo hemos de representar nuestras necesidades a la Santísima Virgen con toda confianza, y al mismo tiempo con toda resignación, persuadidos de que, lo que más nos conviniere, eso nos concederá nuestra piadosísima Señora. Pero fijémonos en el cuidado que tiene de corresponder a los que se ocupan en obsequiarla, no permitiendo que por su causa reciban daño alguno; o si permite que les suceda alguna desgracia, valiéndose de eso mismo para colmarlos de mayores beneficios. ¡Oh! no temamos que, por cumplir con nuestros

deberes religiosos, o por emprender alguna obra que sabemos agrada mucho a nuestra Madre, perdamos la salud, vengan a menos nuestros intereses o nos acontezca alguna calamidad. Con gusto habíamos de dar la vida, si tal prueba de amor nos pidiese nuestra soberana Reina y Madre amabilísima; pero ¡qué confusión, si ni lo poco que de ordinario nos pide, se lo damos pronta y gustosamente! Nunca nos faltan razones para dilatar, posponer y aun dejar del todo el cumplimiento de nuestras obligaciones; y siempre nos han de salir al paso mil de inconvenientes y dificultades, siempre nos han de acometer fieros temores, cuando se trata de los intereses del alma: dificultades y temores vanos, que sólo prueban nuestra falta de amor de Dios y de verdadera devoción a la Santísima Virgen.

QUINTA CONSIDERACION

María esperanza nuestra

Porque Dios nuestro Señor, infinito en bondad, desea sumamente enriquecernos con sus gracias, y porque de nuestra parte exige como disposición una gran confianza, por eso ha dado todo poder para ayudarnos a su misma Madre, constituyéndola Madre y abogada nuestra, para que nos animemos

a esperar en Dios con una confianza ilimitada, viendo que nuestra salvación y toda nuestra dicha está puesta en manos de María. Los que ponen su esperanza solamente en las criaturas, sin mirar para nada al Criador, antes traspasando los mandamientos del Criador por dar gusto a la vil criatura, estos son malditos de Dios, como dice Jeremías; pero los que esperan en María, Madre de Dios y Madre de la divina gracia, porque el mismo Dios ha dispuesto en la presente providencia, que todo bien y gracia nos vengan por medio de María, estos son los benditos de Dios con bendiciones de dulzura, y los que llenos de regocijo exclamarán algún día: "Porque esperamos en la Madre de Dios según la voluntad del mismo Dios, por eso no quedamos confundidos para siempre; bendito el nombre de Dios y bendito el nombre de María por los siglos de los siglos". La misma Iglesia aplica a la Santísima Virgen aquellas palabras del Eclesiástico, llamándola *Madre de la santa esperanza* (XXIV—24); porque María es quien hace nacer en nosotros, no la vana esperanza de los bienes caducos de esta vida, sino la dichosa esperanza de los bienes eternos de la gloria. Así dice S. Efrén saludando a la divina Madre: «Dios te salve, ¡oh esperanza de mi alma! oh dicha de los cristianos! oh ayuda de los pecadores, defensa de los fieles y salud

del mundo! Y en otro lugar dice el mismo Santo: «¡Oh Señoral guárdanos y defiéndenos bajo el amparo de tu piedad; porque nosotros, después de Dios, no tenemos otra esperanza que a Tí!».

Sí, todos debemos poner nuestra esperanza en María, ora seamos justos, ora pecadores; porque nadie puede recibir beneficios de Dios, sino por medio de María. Pero de un modo especial es la Santísima Virgen *esperanza de los pecadores*. S. Metodio afirma que son innumerables las conversiones de pecadores obradas por intercesión de María; y S. Buenaventura, aplicando a la Santísima Virgen un pasaje del libro de Rut, añade que, así como Rut, halló gracia en los ojos de Booz, para recoger las espigas que dejaban sus segadores, así María halló gracia delante de Dios para recoger las espigas desamparadas por los segadores evangélicos, esto es, por los predicadores, misioneros, confesores, y demás operarios que en el campo del Señor se ocupan en ganar almas para el cielo; entre las cuales hay algunas tan rebeldes y obstinadas, que, quedando como espigas abandonadas, sólo a María le está concedido el salvarlas por su poderosa intercesión. Pero ¡pobres de las que ni aún de esta dulce Señora se dejan coger!; ésas sí que se perderán del todo y serán malditas para siempre; porque las espigas que no fueren recogidas

en las haces de María, quedarán para arder en el fuego del infierno. Mas al contrario, bienaventurado el que oye con docilidad los consejos e inspiraciones de María, y acude a su piedad con toda confianza. No hay en el mundo pecador ninguno, por perdido y abominable que sea, que, si pide auxilio a esta buena Madre, no alcance perdón y misericordia de Dios. Bendita sea para siempre la divina bondad, que nos dió a María, puerto seguro de los náufragos, esperanza de los desesperados, abogada de los delincuentes, único refugio de los pobres pecadores.

EJEMPLO

UNO QUE SE QUISO AHORCAR

Hallándose la ciudad de Quito afligida con el azote de una peste espantosa a principios de 1806, se dió orden de que fuese llevada a la Capital la Santísima Virgen del Quinche, que ha sido siempre el refugio común en todas las calamidades públicas; y habiendo concurrido según costumbre mucha gente para conducir la milagrosa Imagen, quiso tomar parte, a su modo, en la solemnidad un tal Juan Villázquez, que yivía en relaciones ilícitas con una mala mujer, y en esta ocasión la llevó consigo al Quinche, sin que ni la piedad del pueblo ni el respeto debido a la Madre de Dios bastasen para hacerle siquiera

más recatado. Mas el mismo día que llegaron al Quinche, se vió abandonado de su cómplice, la cual seducida por otro, se fue con él y desapareció del pueblo. Poseído Villázquez de la pasión de los celos y arrebatado de un furor frenético, tomó una sogá, y sin más detenerse, como si el mismo demonio moviera sus pies, se encaminó al cementerio, donde había visto un buen nogal. Subido al árbol, amarra el un cabo de la sogá a una de las ramas principales, y haciendo un lazo corredizo en el otro, se lo echa a la garganta y se precipita del árbol. ¡Qué espectáculo tan funesto iban a contemplar aquel día los devotos romeros y conductores de la Virgen!: un ahorcado ahí junto al santuario, y como si dijésemos, a la vista y en la presencia de la Santísima Virgen! Luchaba ya el desdichado con las ansias de muerte; el lazo fláele estrechando más y más la garganta; las convulsiones eran horribles, hinchado el pecho, faltos de aire los pulmones, la circulación súbitamente interrumpida; para finalmente las convulsiones. . . ; unos momentos más, y el infeliz habrá expirado; ¿y su alma. . . .? Pero la Santísima Virgen no quería que, lo que iba a ser principio de salvación para muchos, lo fuese de condenación para aquel desgraciado, y así le acudió en ese mismo punto y le iluminó el entendimiento con una luz celestial extraordinaria.

Clamó entonces con el corazón, e imploró la divina misericordia por medio de María, el que ya se consideraba presa del infierno. La piadosísima Virgen, que ya no podía consentir que esa alma cayese en manos del demonio, se presenta en el aire y hace que la rama, que sostenía el cuerpo laxo del moribundo, se desgaje de improviso, y caiga al suelo con cierta lentitud y suavidad. Como el ruido que hizo la rama al troncharse fue muy grande, la gente que andaba cerca penetró luego en el camposanto a ver qué pudiese ser aquello, y encontraron a Villázquez tendido en el suelo atado a la rama, y con todas las señales de un ahorcado; sólo que se maravillaban de ver que se hubiese desgajado una rama tan gruesa, capaz de sostener aun mucho mayor peso, cuando más natural parecía que se hubiese roto la soga, caso que el peso del cuerpo venciese la resistencia que lo sustentaba; pero eso precisamente había de demostrar con más evidencia la intervención de la Virgen del Quinche en la salvación de aquella alma. En efecto, volviendo en sí el ahorcado con admiración de todos, y alzando la vista a los que le rodeaban, confesó con lágrimas su criminal intento y la causa que lo había motivado, asegurando que al invocar a la Santísima Virgen del Quinche, la vió en ese instante aparecérselo en los aires, y que sólo a su piedad y a su clemencia

debía el hallarse sano y salvo, cuando ya debía haber perecido para siempre. Los que penetraron en el cementerio repararon mucho en que un personaje de aire siniestro, que habían visto junto a Villázquez, desapareció súbitamente sin saber por dónde, así que entró la gente; por lo cual entendieron que no podía ser sino el demonio que guardaba su presa, pero que la Santísima Virgen se la arrebató de entre las uñas.

Este ejemplo es muy notable y digno de consideración, por darnos a conocer uno de los infinitos prodigios que ha obrado y no cesa de obrar Nuestra Señora en bien y provecho de las almas, aun con más frecuencia que en beneficio de los cuerpos. Todas las circunstancias del caso merecen ponderarse; pero especialmente fijémonos en el extremo de males a donde su pasión torpe y vida licenciosa condujeron a ese pobre hombre: primero a profanar con increíble atrevimiento una solemnidad de tanta religión, como era aquella que los fieles celebraban en honra de la Santísima Virgen; y después, dejándose llevar del despecho y desesperación (que no se hacen aguardar mucho en el camino de los deleites sensuales), a querer quitarse la vida por sus propias manos ahí, en lugar sagrado, y junto al templo de la Virgen. ¿Donde se encontraría esa alma al presente, si la Reina del cielo no la hubiese

socorrido en aquel trance? Pero se salvó entonces, gracias a un verdadero milagro de la Madre de misericordia; y es de creer que, convertido a Dios perfectamente, perseveró hasta el fin y alcanzó la vida eterna. Mas nadie presume de la divina misericordia, ni quiera abusar de la clemencia de María para vivir más de asiento y, como si dijéramos, con más seguridad en sus desórdenes; porque el valimiento de María y el perdón de Dios no son para quien se los promete neciamente, y para cuando se le antoje apartarse del pecado, sino para quien de veras arrepentido, o siquiera con verdadero deseo de hacer la debida penitencia, implora humildemente el favor divino. Así que, pecador, considéralo bien: o te arrepientes sinceramente de tus maldades, y en este caso tienes segura la protección de la Santísima Virgen; o fiado en una falsa devoción, que sólo se reduce a algunas prácticas exteriores, te obstinas más en tu mala vida; y en ese caso, sabe que te aguarda la ira divina; porque Dios no ha de permitir que nadie abuse de la piedad y clemencia de su Madre Santísima. Decir que el patrocinio de Nuestra Señora pueda servir a los pecadores para que ofendan a Dios con más libertad, sería una blasfemia. Lejos, pues, de nosotros esa seguridad falsa y necia presunción de salvarse, con que a muchos pecadores tiene el demonio bien asegurados

en la servidumbre del pecado; antes lo que hemos de sacar por fruto del ejemplo anterior es que, pues hemos imitado a los grandes pecadores con nuestros excesos, desde hoy imitemos con la penitencia a los que tan de veras se convirtieron a Dios y alcanzaron misericordia por medio de nuestra Madre Santísima del Quinche.

SEXTA CONSIDERACION

María abogada nuestra

Son tantos los motivos que tenemos para amar a esta amorosísima Reina, que, si todas las lenguas se ocupasen en alabarla y bendecirla, todos los predicadores en elogiarla, todos los escritores en celebrarla, y todos los hombres diesen por Ella sus vidas, realmente sería muy poco todo eso, dice San Alfonso María de Liguorio, para el obsequio y agradecimiento que le debemos. María es Madre de Dios y Madre nuestra juntamente, por tanto no puede olvidarse de nosotros por atender a los intereses de su divino Hijo; antes el mismo amor de su divino Hijo la obliga a empeñarse más en favor nuestro, dado que son una misma cosa los intereses de la mayor gloria de Dios y el mayor provecho y adelantamiento de las almas. Pues si esto es verdad, ¿qué aliento y confianza no debe darnos el saber que María es también

nuéstra Abogada delante del tribunal de Dios? Del poder, de la prudencia, de la sabiduría de nuestra Abogada no podemos dudar; que Ella es la Virgen poderosa, la Virgen prudentísimá, la Reina de los Apóstoles, el trono de la Sabiduría, en fin, la Madre del Criador y la Emperatriz del universo. De lo único que podíamos recelar, era de si querría tomar a su cargo nuestra defensa delante del divino Juez; pero después que al mismo Jesucristo hemos oído nombrarla y constituirla Madre nuestra: «Mujer hé ahí a tu hijo»—ya no tenemos sino motivos para alegrarnos y bendecir a la divina Bondad que nos há dado una tan buena Abogada como María. ¿Qué dijéramos de un reo, cuya causa se pusiese en manos de su propia madre, de modo que el éxito y la sentencia definitiva dependiese de ella? Pues mucho mayor es nuestra dicha, una vez que la causa de nuestra eterna salvación está en manos de María. «Señora, en tus manos está nuestra salvación», dice San Bernardino; y Santo Tomás de Villanueva: «Consolaos, oh pusilámines», exclama, «respirad y cobrad ánimo, desdichados pecadores; porque esta soberana Virgèn que es Madre de vuestro Juez y de vuestro Dios, es también vuestra Abogada». ¡Oh! que cosas no han dicho los santos, con el fin de hacernos entender cuánto nos importa el grangearnos, mediante

una verdadera devoción, el favor de la Nuestra Señora! Por lo mismo, debe mucho temer quien no sienta en sí un vivo y filial afecto para con la Santísima Virgen; pues, si aun esta prenda de salvación ha perdido, ¿qué otra le puede quedar? Mas los que sentimos un tierno afecto y confianza filial para con la Reina del cielo, demos gracias a Dios; pues «Dios», dice San Juan Damasceno, «no hace esta gracia, sino a aquellos que se han de salvar».

EJEMPLO

DOS ENFERMOS COLOMBIANOS MILAGROSAMENTE CURADOS EN EL QUINCHE

Habiendo un caballero rico de Pasto sufrido, durante catorce años, de una hernia dolorosa, y agotado sin fruto ninguno todos los recursos de la medicina; apretado por los dolores que le causaba su enfermedad, cuyas inflamaciones iban siendo cada vez más frecuentes, se determinó a buscar alivio en los remedios sobrenaturales, ya que, en lo natural reconocía ser su dolencia de todo punto incurable. Púsose, pues, en camino hacia el santuario de la Virgen del Quinche, donde sabía que la Madre de Dios prodigaba sus favores a los peregrinos que acudían allá de todas partes, atraídos por la fama de tantas maravillas. Después de un viaje muy

penoso, llegaba ya al término de su romería, y, divisando muy cerca el santuario de la Virgen, ya le parecía penetrar en su sagrado recinto, y quedar completamente curado al instante de llegar y postrarse a los pies de la Reina de las gracias; cuando tropezando derrepente el caballo en que venía, y echando luego a correr por esos campos de Urapamba, fue arrojado de la silla violentamente y cayó en tierra nuestro romero, con peligro de quedar mal parado a causa de la enfermedad y lesión que padecía. Mas con asombro de los criados que le acompañaban, lo mismo fue caer del caballo, que levantarse con gran prontitud y correr en seguimiento del animal, como si nunca hubiese experimentado aquellos dolores que en tanto tiempo le habían imposibilitado para todo movimiento rápido, cuanto más para una carrera semejante. Efectivamente estaba ya perfectamente curado; y todo el susto, así del enfermo como de los criados, paró en grandísimo regocijo, cuando reconocieron que la caída y lance pasado habían sido enderezados por la divina Providencia para que más resaltase el milagro de la Santísima Virgen del Quinche, y para que el gozo y la devoción de sus devotos fuese mayor, viendo que no tenían ya que presentarse a Ella para implorar su protección, sino para agradecerle sus bondades.

Tiempo hacía que un caballero de Popayán padecía una enfermedad muy contagiosa y peligrosa. Pocas fuerzas le quedaban para ningún viaje, cuanto más para uno tan largo y difícil, como de Popayán al Quinche; sin embargo, pudiendo en él más la fe y la seguridad de recobrar la salud por medio de la Santísima Virgen del Quinche, contra el parecer de todos los médicos se puso en camino, con una cuantiosa limosna para el Santuario. Venía por el camino casi agonizando; mas con tanta devoción y confianza, que al entrar en la jurisdicción del Quinche, quiso apearse y hacer el resto del camino a pie. Dirigióse inmediatamente a la iglesia; presentó a la Virgen el donativo que le trafa, rogándole no permitiese que, después de un viaje tan trabajoso, tuviera que regresarse a su tierra tan enfermo como había salido; que bien reconocía ser necesario un milagro, por no haber en lo natural remedio para su dolencia; pero que por lo mismo imploraba su auxilio con mayor confianza, por la gloria de su nombre, que sería loado y ensalzado donde quiera que se contase esta nueva manifestación de su poder y bondad. En fin dió principio con mucha fe a una novena, y con ella empezó a sentirse cada día mejor, de tal suerte, que, en concluyéndola, pudo emprender la vuelta a su patria. Llegó a su casa en muy pocos días, tan perfectamen-

te sano, que sus parientes y conocidos no acababan de admirarse, viendo aquella muestra y ejemplo de las maravillas que obraba la Madre de Dios en el Santuario del Quinche.

SEPTIMA CONSIDERACION

*María dechado perfectísimo de todas
las virtudes*

Hasta hoy hemos considerado generalmente lo que hace María para librarnos del pecado y resucitarnos a la vida de la gracia, y en este sentido la hemos aclamado Madre y Abogada, vida, dulzura y esperanza nuestra. Pero, aunque sea grandísima dicha para un cristiano el haber salido de la servidumbre del pecado por intercesión de María, no basta esto sólo para alcanzar el reino de los cielos; sino que, por lo mismo que «un tiempo fuimos tinieblas y ahora somos luz» (Ephes. V—8), es preciso que trabajemos con toda diligencia para vivir como hijos de Dios, dando frutos de bondad, justicia y verdad. Mas, por la misma razón que necesitamos del auxilio de María para renacer a la gracia de Dios, también lo necesitamos para ejercer las operaciones propias del estado de gracia, supuesto que en la actual providencia todo se lo hemos de deber, después de Dios, a nuestra Madre: así el principio,

como el progreso y fin de nuestra santidad. Ahora solamente consideremos cuánto nos ayuda la Santísima Virgen con el ejemplo admirable de sus virtudes.

Bien sabido es lo que influye en la vida de los hijos el buen ejemplo de sus padres: tanto que, para animarse a la virtud un buen hijo, apenas hay motivo más eficaz que aquel del joven Tobías: «Que somos hijos de santos» (Tob. VIII—5). ¡Dichosos los hijos, que con el nombre, heredan las virtudes, y, con éstas, las bendiciones de sus padres! Pues a una dicha todavía mayor hemos de aspirar nosotros los cristianos, mediante la imitación de nuestro Padre celestial; ya que El mismo nos recomienda, diciéndonos: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mat. V—48). Lo propio debemos aplicar a la Santísima Virgen; puesto caso que nadie puede llegar a Jesucristo, sino por medio de María, y que la santidad y perfección de María es la más cercana y parecida a la santidad de Dios, y el Corazón de María, el más semejante al Corazón de Jesús, con la semejanza que es preciso tengan entre sí el Hijo y la Madre. ¡Dichosos de nosotros, si en todas nuestras acciones imitásemos a la Madre de Dios! Pero especialmente debemos poner los ojos en cuatro virtudes predilectas de nuestra Madre; que son la pureza,

la humildad, la caridad y la mortificación. Por la pureza cautivó María el corazón de Dios, el cual, mirándola con infinita complacencia, le dice así en los Cantares: «Cuán hermosa eres, amada mía, cuán hermosa eres; pues no hay en tí mancha ni defecto alguno». Por la humildad fue ensalzada a ser Madre de Dios, como Ella misma lo declara en su cántico: «Porque miró Dios la humildad de su esclava, por eso me llamarán bendita todas las generaciones». Y si tan de propósito nos recomendó Jesucristo la humildad, la caridad y la mortificación, ¿cómo no ha de querer la Santísima Virgen que nosotros la imitemos en estas virtudes, así como Ella imitó en las mismas a su divino Hijo? «Aprended de mí», nos dice, «hijos míos, a ser puros y limpios en alma y cuerpo, mansos y humildes de corazón, caritativos con vuestros prójimos y amantes de la mortificación. Venid a mí todos los que me amáis, y saciaos de mis dulces frutos; seguid mis ejemplos, porque yo soy el camino de la verdad, y ninguno que se guse por mí tendrá de qué arrepentirse; por mi medio conseguiréis la vida eterna». ¿Quién no se anima al ejercicio de las virtudes, viendo que María va delante con su ejemplo? viendo que de ese modo la complacemos y glorificamos? ¡Oh! si fuéramos tales, que nuestra Madre se honrase de tenernos por hijos!

EJEMPLO

UNA TULLIDA.—UN ARPISTA

Hacia muchos años que una buena mujer vivía en el pueblo del Quinche, tullida por completo, que no podía moverse sin ayuda de dos muletas y el auxilio de alguna persona, —cuando le vino la inspiración de pedir a la Santísima Virgen la curación de su enfermedad, prometiéndole que, si recobraba el uso de sus miembros paralizados, le barrería la iglesia en todo el tiempo que le restase de vida. Hízose llevar a la presencia de la milagrosa Imagen, e hincada de rodillas con mucha dificultad, tanto que era menester que la sostuviesen dos indios, renovó su promesa, con viva fe y confianza de alcanzar la salud del cuerpo, si así le convenía para la salud del alma. Pasado que hubo un rato de fervorosa oración, cuando quiso enderezarse, se encontró completamente restablecida, con los miembros expeditos y desembarazados, de suerte que, después de agradecer a la Santísima Virgen el favor que acababa de recibir, con admiración de cuantos presenciaron el caso, volvió por sus pies a su casa, y de ahí en adelante no pensó sino en cumplir su voto ocupándose con toda devoción en servir a la Virgen del Quinche en su santuario.

En el mismo pueblo del Quinche vivía un hombre de costumbres muy arregladas, y, tan devoto de la Santísima Virgen, que, sólo por el gusto de obsequiarla, le tocaba el arpa en la iglesia todos los sábados y siempre que se le ofrecía ocasión. Murió el piadoso arpista, y fue sepultado, como pobre, en el santo suelo. Al cabo de algunos años, como cavasen en el mismo lugar para enterrar otro difunto, dieron con un esqueleto perfectamente conservado, cuyos huesos estaban descarnados y muy limpios, pero especialmente las manos, hasta las muñecas, tan sanas y frescas, como si acabase de morir. Divulgada la noticia del suceso, acudieron muchos a contemplar el esqueleto que no dudaban en calificar de prodigioso, aunque sin acertar a decir cuyo fuese. Finalmente, después de muchas averiguaciones, dieron con que en esa sepultura habían enterrado al devoto arpista de la Virgen del Quinche, cuya piedad y edificante conducta recordaban muchos del pueblo; y todos reconocieron en el caso un prodigio, con que la Reina del cielo había querido manifestar cuánto le agradan los obsequios de sus devotos.

Aprendamos de estos ejemplos el modo de obsequiar a la Santísima Virgen. No se nos pase día ninguno sin ofrecerle alguna flor, es decir, algún acto especial de virtud; pues esto es lo que más nos consolará a la hora

de nuestra muerte: el poder decirnos a nosotros mismos: «Hace tantos años, gracias a Dios, que jamás he dejado de cumplir con mis devociones y santos propósitos. Todos los días he pedido la bendición a la Santísima Virgen; todos los días le he rezado el santo rosario. En mis tentaciones he invocado su nombre bendito, y siempre me ha librado de mis enemigos. Ahora también me ayudaréis en el trance de mi muerte ¡Madre mía del Quinche! me defenderéis de mis enemigos los demonios; no permitiréis que estas manos que tantas veces han repasado vuestro santísimo rosario, esta lengua que tantas veces han pronunciado vuestro suavísimo nombre, todo este pobre cuerpo que he procurado emplear en vuestro servicio y en el de vuestro divino Hijo, sea algún día pasto de las llamas del infierno. ¡Ah! cómo ha de ser posible? Ayudadme, Madre mía; amparadme en la hora de mi muerte». Imitemos, pues, a los que de veras han sido devotos de la Santísima Virgen, y sin duda recibiremos también los consuelos en vida y en muerte y el premio eterno que ellos recibieron.

OCTAVA CONSIDERACION

La devoción a la Virgen camino de santidad

Si como fruto de todas las consideraciones y devociones practicadas durante la novena

sacásemos el propósito de consagrarnos de una vez totalmente a la Santísima Virgen, éste sería el principal y el mejor de todos los frutos; porque entonces empezariamos a ser verdaderos devotos de María, y con esta devoción tendríamos ya una prenda segura de alcanzar en breve la perfección y santidad a que Dios nos llama. Así lo enseña el B. Luis María Grignon de Montfort, devotísimo siervo de la Santísima Virgen. Dice que esta devoción es, en primer lugar, un camino *fácil* para ir a Jesucristo; no porque hayan de faltar tribulaciones y cruces a los devotos de María, sino porque se les hace más fácil soportarlas meritoria y gloriosamente, hallándolas unguidas con el óleo de su amor materno, y talladas por Ella misma según la suavidad y mansedumbre de su dulcísimo Corazón.

En segundo lugar, es un camino *corto* para llegar a Jesús, ya porque no hay en él peligro de extraviarse, ya porque va uno más alegre y fácilmente, y por tanto con más ligereza. Mucho más adelanta en poco tiempo una alma puesta del todo bajo la dependencia de María, que otra en largos años fiándose de su propia voluntad. Porque aquella, contando con la guía, el apoyo y auxilio de María, va siempre adelante, sin las caídas y retrocesos de la otra, y siempre a pasos grandes, hacia Jesucristo Nuestro

Señor, pues va por el camino que anduvo el Señor para venir a nosotros.

Además, esta devoción es el camino *perfecto* que hay para unirse el alma con Nuestro Señor Jesucristo; porque la excelsa María es la más perfecta y más santa de todas las criaturas, y también porque Nuestro Señor Jesucristo, que vino a nosotros del modo más perfecto, no tomó otro camino para su admirable y glorioso tránsito del cielo a la tierra.

Finalmente esta devoción es camino *seguro* para ir a Jesucristo y alcanzar la perfección uniéndonos con Él; porque es propiedad esencial de María conducirnos seguramente a Nuestro Señor Jesucristo, así como es oficio propio del divino Redentor conducirnos con seguridad a su Eterno Padre. Y ¿cómo sería posible que aquella singular criatura que halló gracia delante de Dios para el mundo todo en general y para cada persona en particular, fuera estorbo de las almas para que alcancen la inefable y suprema gracia de unirse con Nuestro Señor Jesucristo? Antes una de las razones porque son tan pocas las almas en que se forma Nuestro Señor Jesucristo en toda su plenitud, es porque María, que fué y continúa siendo Madre del Hijo y Esposa fecunda del Espíritu Santo, no se ha acabado de formar en sus corazones. Quien aspira a gozar del fruto bien,

sazonado y maduro, ha de acudir al árbol que lo da; así mismo el que desea poseer el fruto de vida, que es Nuestro Señor Jesucristo, ha de tener primero el árbol de la vida, que es María. Hasta aquí el Beato Luis María Crignon. ¿Qué resta ahora, sino resolernos a entrar por este camino tan fácil y corto, tan perfecto y seguro, que el Señor nos ha franqueado, y caminar por él de día y de noche, hasta arribar al término que anhelamos? ¡Ea! consagrémonos del todo a la Santísima Virgen, como se consagraron tantos siervos devotísimos suyos, los cuales en breve tiempo llegaron a la cumbre de la perfección. Así un Luis Gonzaga, un Estanislao de Kostka, una Rosa de Santa María, una Mariana de Jesús. Pues, si los imitamos en la devoción a la Santísima Virgen, también lograremos, como ellos, que Jesús se labre perfectamente en nuestras almas, mediante el ejercicio de la virtud, para salir parecidos en la santidad no menos a María, Madre de la divina gracia, que a Jesucristo, Redentor, Padre y Consumador de todos los predestinados.

EJEMPLO

UNA LEPROSA.—UN RELIGIOSO

Volvía en cierta ocasión de la Capital a su santuario del Quinche la milagrosa Imagen

de la Santísima Virgen, y acertaron a pasar los que la conducían por junto a un barranco, donde hacía tiempo pasaba la vida una pobre india leprosa, arrojada del seno de su familia, y privada de todo consuelo humano. Entendiendo la infeliz que pasaba la Santísima Virgen, empezó a clamarle con gran fervor, rogándola se compadeciese de su estado tan lastimero. Oyó sus voces la piadosísima Virgen, y en este punto quedó la india repentinamente libre de la lepra, siendo testigos del prodigio todos los que conducían la sagrada Efigie, y después todos los que habían conocido leprosa por tantos años a la que vieron luego tan dichosamente curada.

Por los años de 1832 vivía en Ibarra Fray Pablo Suárez, converso de la orden de la Merced, al cual se le había formado, de resultas de otro mal anterior, una fístula de todo punto incurable que le llegaba a la vejiga. En este estado, fue un día a visitar a una señora que acababa de volver de su peregrinación al Quinche, y que, fervorosa como estaba con las cosas que había visto y oído en el Santuario de la Virgen, le animó mucho a que recurriese en aquel su gran trabajo a la Santísima Virgen del Quinche, y le dió un pedacito de esparto, reliquia del manto que los indios de Oyacachi habían ofrecido, allá en los principios; a la *Virgen*

de la Peña. Fray Pablo volvió a su convento muy animado y gozoso con la reliquia de la Virgen, y esa misma noche, después de reducirla a cenizas, se la aplicó al cuerpo mezclándola con un poco de sebo. Así se acostó encomendándose con mucho fervor a la Santísima Virgen; y al día siguiente se despertó completamente curado de su mal, y con la fistula cerrada: caso que los médicos atestiguaron no podía haber sucedido sino por un milagro de la Virgen. Loda sea y engrandecida por los siglos de los siglos la divina Bondad, que así se vale aún de las ocasiones y de los medios al parecer más desproporcionados, para más honrar y glorificar a María, nuestra Reina y Madre de misericordia. Bendita y ensalzada sea María, que no se olvida de sus hijos, aunque todo el mundo se olvide de ellos, y hasta sus mismos parientes los desamparen y destierren de su casa. No desampara ni desecha María a los que la invocan en su aflicción, antes aguarda solícita el momento oportuno para acudir en su auxilio, y consolar su angustiado corazón. ¡Ojalá contribuyésemos también nosotros de algún modo para que se dilatase y brillase en todas partes la gloria de nuestra Madre dulcísima, publicando y atestiguando cuán poderosa fue siempre, y es ahora, para remediar toda clase de miserias, así espirituales como corporales, y cuán benigna y clemente

se muestra con todos los que imploran con fe viva su protección!

NONA CONSIDERACION

La devoción a la Santísima Virgen, señal de predestinación.

Si somos capaces de apreciar y concebir qué tan grande es el consuelo y regocijo que experimenta, una madre, cuando estrecha en su seno al hijo querido a quien poco antes veía a punto de perecer en un lance muy peligroso, y la dulzura que baña el corazón del hijo, cuando, al abrazar a su madre, se hace cargo del trance y peligro horrible en que se encontró, — podremos también formarnos una idea, siquiera remotísima de lo que pasa en el cielo, cuando una alma se ve de repente entre los brazos de la Santísima Virgen, y desde allí contempla el horrible precipicio, donde podía haber caído al dar el salto del tiempo a la eternidad. Un momento que se descuidase, daba consigo, como tantos otros, en el abismo del infierno. Pero ¡dichosa! ya está en la gloria gozando de Dios, libre de todo peligro, y segura de su eterna bienaventuranza! ¡Oh! ¿cuándo será el día en que nosotros también disfrutemos de una dicha semejante! Y ¡qué no debiéramos hacer,

para asegurar el feliz éxito del trance terrible de nuestra muerte! Pues he aquí los medios que nos proponen los Santos Padres y Doctores de la Iglesia: una verdadera y constante devoción a la Santísima Virgen. Bástenos el testimonio del glorioso San Buenaventura: «Oíd», dice, «todos los que teméis por vuestra salvación; oíd todos los que deseáis salvaros: honrad a María, y os prometo la vida eterna». Y ¿qué dificultad hay en que Nuestro Señor Jesucristo, por el amor que tiene a su Madre, con las demás gracias y prerrogativas le haya concedido también ésta, de que todos sus devotos se salven? Pues, si se objeta que la perseverancia final es la que pone el sello a la predestinación, eso precisamente confirma que todos los devotos de María son del número de los escogidos. «¿De dónde nace», pregunta el devotísimo Luis María Grignon, «que la conversión de muchos pecadores no sea duradera? ¿Por qué los más de los justos, en vez de adelantar de virtud en virtud, y allegar nuevos tesoros de gracia, suelen perder lo que tenían?—De que el hombre confía en sí mismo, se afianza en sus débiles fuerzas, y se estima capaz de guardar el tesoro de gracias, virtudes y méritos que posee. Mas por esta devoción hacemos depositaria a la Virgen fidelísima de cuanto poseemos, y le entregamos íntegro el tesoro de todos nuestros

bienes naturales y sobrenaturales. Con esto ponemos nuestra confianza en su fidelidad, nos afirmamos en su poder, nos basamos en su caridad y misericordia; para que conserve y aumente nuestros méritos y virtudes, a pesar de los embates del mundo, del demonio y de la carne, que porffan por arrebatárnoslos». «Si María os sostiene», dice S. Bernardo; «no caeréis; si os protege, no temeréis; si os guía, no os cansaréis; si os es propicia, arribaréis al puerto de salvación». ¡Ea! pues, preparémonos para hacer un acto de consagración, en que nos ofrezcamos y entreguemos absoluta e irrevocablemente a nuestra Madre queridísima, con todas nuestras cosas, y todas nuestras potencias y sentidos, y todo nuestro ser. Todo lo nuestro sea de María, y lo de María será nuestro. Llegará día, sí, en que nos veamos en la gloria, en plena posesión de la herencia gloriosa de nuestra Madre y de la herencia de nuestro Padre celestial, si aquí en este mundo vivimos como fieles hijos de tal Padre y de tal Madre. Hijos somos de Dios, e hijos también de María; y si somos sus hijos en la santidad, también lo seremos en el goce de su gloria. Así sea.

EJEMPLO

SEQUIAS, PESTES, TERREMOTOS, LA LANGOSTA

Aunque no se puedan ponderar debidamente, ni siquiera contar los beneficios así generales como particulares, que la Santísima Virgen del Quinche no se cansa de prodigar a sus devotos, no hay duda que las manifestaciones más brillantes de su poder y clemencia han tenido ocasión en alguna de las calamidades públicas, con que el Señor castiga nuestros pecados: a saber, en las sequías, en las epidemias y en los terremotos.

El suceso más antiguo que se conoce de cesación de pestes por haber acudido el pueblo a Nuestra Señora del Quinche, es del año 1648, según consta por uno de los cuadros del Santuario, cuya leyenda dice que, habiendo sobrevenido una gran peste de viruela en la ciudad de Quito y en toda la provincia, luego que se presentó en la Capital la milagrosa Imagen, desapareció el azote con asombro y consuelo de todos. En otra ocasión en que estaba toda la ciudad consternada, por haber vuelto a ensañarse las viruelas con tanto estrago de la población, que diariamente morían muchos adultos, fuera de los niños que caían como espigas, ordenó la autoridad eclesiástica que fuese

llevada a Quito la Santísima Virgen del Quinche. Salieron a recibirla procesionalmente el Obispo, los Cabildos, las comunidades religiosas y pueblo innumerable; y desde el momento en que la Santísima Vir-se presentó en la ciudad, nõ se volvió a oír ningún uevo caso de contagio, ni que muriese ninguno de los ya atacados. Cien veces se han repetido iguales prodigios, como consta no sólo por la tradición y por los cuadros conmemorativos del Santuario del Quinche, sino por las actas del Cabildo civil de Quito; siendo de notarse que, como las pestes han sido de ordinario ocasionadas por la falta de lluvias, al visitar Nuestra Señora la Capital, ha obrado dos prodigios a un mismo tiempo: el de mandar a las nubes que lloviesen copiosamente, y el de desterrar de nuestro suelo las asoladoras epidemias. El más reciente, y uno de los más señalados casos de este género entre todos los que se conocen desde hace más de tres siglos, es el acaecido en 1880, y que todavía recuerdan con gran júbilo y agradecimiento los habitantes de Imbabura. Ellos cuentan aún conmovidos cómo sobrevino en toda la Provincia una prolongada sequía, habiéndoseles vuelto el cielo de bronce, como allá en los tiempos del profeta Elías aconteció al pueblo de Israel; cómo se les echó encima una plaga horrible de langostas devastadoras y pes-

tíferas; cómo prendió luego por todas partes a manera de fuego abrasador la peste, de la cual morían tantos, que apenas podían los vivos dar sepultura a los muertos; el hambre extremábase más de día en día; la consternación de los pueblos, la pobreza de las familias, la angustia de los corazones no podían ser mayores. En esto se acuerdan felizmente que años antes recorrió sus pueblos, como peregrina la Santísima Virgen del Quinche, con el fin de recoger limosnas para la reparación de su Santuario; que si ahora los visitase, sin duda se acordaría de sus antiguos obsequios, y los consolaría en la presente calamidad. Corren luego al Santuario del Quinche, sacan con solemne acompañamiento la bendita Imagen; llévanla a su tierra, paseánla por toda la Provincia; todos tienen el gusto de contemplar con sus ojos a la Reina del cielo, de presentarle sus obsequios, de rendirle sus homenajes; y todos también quedan consolados y remediados con la bendición de su Madre queridísima. Puesto que lo mismo fue terminar su visita Nuestra Señora del Quinche, que desaparecer las plagas, y empezar los pueblos a recobrase de su abatimiento y consternación, como respirando nuevas auras de vida.

Como muestra, en fin, de la protección especial que nos ha dispensado la Santísima Virgen del Quinche con ocasión de los te-

rremotos, basta el suceso de 1698. Hallábase en la Catedral de Quito la Imagen veneranda, objeto siempre de toda la devoción y religioso cariño tanto del clero como del pueblo; cuando, a consecuencia del hundimiento del Chimborazo, según creyó entonces la opinión común, sobrevino un terremoto tan horrible, que no hay memoria de otro mayor en nuestro suelo. Quedaron arruinadas completamente las poblaciones de Ambato, Latacunga, Mocha, Alausí, con todas las dependencias de estos puntos, y también parte de Riobamba, pereciendo en tan espantosa catástrofe más de dieciocho mil personas. Mas la Capital, con haber experimentado el repentino estremecimiento con la misma violencia que en otros lugares que fueron arruinados, no sólo no tuvo que deplorar desgracia ninguna en la vida de los ciudadanos, pero ni siquiera en lo material de los edificios; lo cual no pudo ser efecto sino de un prodigio y de una protección especial de la Santísima Virgen del Quinche; así lo reconoció todo el mundo, especialmente el Cabildo de la ciudad. Este suceso movió a las Autoridades a que tomasen oficialmente por *Patrona jurada* a la Virgen del Quinche, y pusiesen a censo una muy considerable suma, con el fin de celebrarle cada año una fiesta solemne, como consta por el acta de 28 de Junio de 1757.

ACTO DE CONSAGRACION

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

SABIDURIA ENCARNADA

POR MEDIO DE MARIA SANTISIMA

Advertencia: Quien haya hecho la Novena de la Santísima Virgen del Quince con el debido fervor y devoción, seguramente sentirá grandes deseos de consagrarse de una vez para siempre a la Madre del amor hermoso, aunque no sea sino por el interés de asegurar su eterna salvación. En este supuesto ¿qué día más a propósito para dicha consagración que el de la fiesta de la Santísima Virgen? Pero, antes de hacerla, conviene advertir que el blanco y fin último de todas nuestras aspiraciones es Dios Nuestro Señor, y que, si es de tanta estima y excelencia una verdadera devoción a la Santísima Virgen, es porque no hay otro camino tan *fácil, corto, perfecto y seguro* como éste, para ir a Nuestro Señor Jesucristo. Consagrémonos, pues, a la Santísima Virgen, y por su medio, a Nuestro Señor Jesucristo.

La condición indispensable que se requiere para hacer este acto de consagración a gusto de nuestra Madre dulcísima es, que

quien trate de hacerlo tenga un firme propósito de vivir santamente, de suerte que, poniéndose la mano en el pecho, se diga a sí mismo sin recelo de que el corazón se lo desmienta: «Sí, estoy resuelto a conducirme en adelante como buen cristiano, como fiel y amante hijo de la Santísima Virgen; que si es verdad que no bastan para esto mis solas fuerzas naturales, la misma Santísima Virgen me ha de ayudar a cumplirlo hasta la muerte». Mas una disposición semejante será fruto espontáneo de la misma Novena, al fin de la cual se supone que se ha hecho también una buena confesión, conforme a los avisos que se dieron al principio para hacer con perfección la romería a la Virgen del Quinche. El día, pues, de la fiesta de Nuestra Señora oirá misa y comulgará con mucha devoción el romero de la Virgen, y después de comulgar recitará la siguiente:

Fórmula de consagración

«¡Oh Sabiduría eterna y encarnada! ¡oh amabilísimo y adorable Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo unigénito del Eterno Padre y de María siempre Virgen! os adoro profundamente en el seno y en los resplandores de vuestro Eterno Padre, en que habitáis por toda la eternidad, así

como también os adoro en el seno virginal de María dignísima Madre vuestra. Os doy gracias porque os anonadasteis, tomando la forma de siervo, para libertarme de la cruel esclavitud del demonio; os ensalzó y glorificó, porque os plugo someteros totalmente a María, vuestra Madre, para que yo llegara a ser vuestro fiel siervo. Mas ¡ay de mí que, ingrato y traidor, no he guardado las promesas que os hice solemnemente en el santo bautismo; he faltado a mis deberes, y no merezco ser llamado hijo, ni siquiera esclavo vuestro. Confieso que, como no hay en mí cosa alguna que no me haga merecedor de vuestra justa cólera y desprecio, no me atrevo a presentarme solo a vuestra Santísima y augusta Majestad; y por eso acudo a la intercesión de vuestra Madre Santísima, a quien nos dísteis por medianera con Vos, y por cuyo valimiento espero me concedáis contrición de mis pecados, el perdón de todos ellos, y la adquisición y concervación de vuestro santo amor.

«Te saludo, pues, ¡oh María Inmaculada, tabernáculo vivo y trono de la divinidad, en que la Sabiduría eterna, Cristo Jesús, se complace en recibir las adoraciones de los ángeles y de los hombres! Te saludo, Reina del cielo y de la tierra, a cuyo imperio están sujetas todas las cosas criadas. Te saludo, refugio seguro de los pecadores, cu-

ya misericordia se extiende a todas las generaciones. Dígnate acceder al deseo que tengo de adquirir la Sabiduría divina con su santo temor, y acepta benigna los obsequios y ofrendas que te presenta y consagra mi pobreza.

«Yo N.... N...., aunque indigno de comparecer en tu presencia, pero confiado en tu piedad y deseoso de agradarte y servirte, así como de dar a Dios la mayor gloria posible, renuevo y ratifico en tus manos los votos que hice en el bautismo; renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me consagro enteramente a Nuestro Señor Jesucristo, Sabiduría encarnada; para llevar mi cruz en seguimiento suyo todos los días de mi vida. Y para ser de hoy en adelante más fiel, te elijo ¡oh María!, en presencia de la corte celestial, por mi Madre y Señora, y te entrego en esclavitud mi cuerpo, mi alma, mis bienes espirituales y temporales, el mérito de mis buenas obras pasadas, presentes y futuras, dándote pleno y absoluto derecho para que dispongas de mí y de todo lo mío según tu beneplácito para mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad. Recibe, Virgen benignísima, la corta ofrenda de mi esclavitud, a honra y en unión de la obediencia y sumisión con que quiso sujetarse a Tí la Sabiduría eterna. Recíbela como homenaje tributado al poder

que tienes con Jesucristo sobre este gusanillo y miserable pecador, y en acción de gracias por los privilegios de que te colmó la Trinidad Beatísima. Protesto que es mi voluntad deliberada y firme propósito, como verdadero esclavo tuyo que soy, de trabajar en adelante por tu honor y de obedecerte en todo. ¡Oh María admirable! preséntame a tu Hijo muy amado, como su esclavo eterno, para que, pues me rescató por medio de Tí, me reciba también por tí, ¡Oh Madre de misericordial alcánzame la gracia de conseguir la verdadera sabiduría de Dios, y, para esto, pónme entre aquellos a quienes amas, enseñas, diriges, alimentas y amparas a título de hijos y de esclavos. ¡Oh Virgen fidelísima! haz que sea yo discípulo tan perfecto, imitador y esclavo tan fiel de la Sabiduría encarnada, Jesucristo Señor Nuestro, que consiga llegar a la plenitud de su edad en la tierra, y de su gloria en el cielo, por la gracia de Dios. Amén.»

NOTA.—Los que quisieren hacer este *Acto de Consagración*, conviene que lo escriban o hagan escribir, si no lo tuvieran impreso, y lo firmen el mismo día en que lo hicieren. Además será bueno que en ese día paguen algún tributo a Nuestro Señor Jesucristo y a la Virgen Santísima, ya como en penitencia de la infidelidad a las promesas del santo bautismo, ya en testimonio de absoluta sumisión al im-

perio de Jesús y de María. La ofrenda o tributo será proporcionada a la devoción y posibles del oferente, así como un ayuno, una mortificación, una limosna, un cirio; y aunque sea una cosa mínima la que se ofrezca, no hay que tener pena; porque, de lo que se agrada Jesucristo y la Santísima Virgen es, del corazón. Cada año, por lo menos, y en el mismo día, ha de renovarse la *Consagración*, a la que debe preceder una esmerada preparación por medio de una novena o triduo, sin omitir la confesión y comunión, que siempre han de ser la parte principal de los cultos que tributemos a la Santísima Virgen y a Nuestro Señor Jesucristo. Bueno será hacer la renovación mensualmente, y aun todos los días por medio de alguna de las oraciones y jaculatorias que a continuación se ponen, o de otras que a cada cual más le gustaren.

I ORACION

del P. Zucchi de la Compañía de Jesús
muy útil para alcanzar el don de la pureza.

¡Oh Señora mál ¡oh madre mál yo me ofrezco del todo a Vos; y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi sér. Ya que soy todo vuestro, ¡oh Madre de bondad! guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

100 días de indulgencia una vez al día, rezándola mañana y tarde; 40 días rezándola en cualquiera tentación; plenaria al mes rezándola todos los días, (Pío IX, a petición del P. Roothaan, General de la Compañía de Jesús, 5 de Agosto de 1851).

II

Jaculatoria eficaz para el mismo objeto

¡Oh Señora mía! ¡oh madre mía! acordaos que soy todo vuestro; guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

300 días de indulgencia cada vez que se rece en las tentaciones. (Pío IX, 30 de Setiembre de 1852.)

III

*que solían rezar San Francisco de Asís y
San Luis Gonzaga*

¡Oh Señora mía, Santa María yo encomiendo mi alma y mi cuerpo a tu bendito patrocinio y singular protección; y en el seno de tu misericordia la deposito ahora, y siempre, y en la hora de mi muerte. En tus manos pongo toda mi esperanza y consolución, todas mis angustias y miserias, mi vida y el fin de ella, para que, por tu santí-

sima intercesión y méritos, todas mis obras reciban y lleven impreso el sello de tu beneplácito y el de tu divino hijo. Amén.

Tres años de indulgencia cada vez. (Pío IX, 20 de Enero de 1873).

IV

Jaculatoria del Bto. Luis María Grignon

¡Oh amabilísimo Jesús mío por María vuestra Madre Santísima, soy vuestro totalmente, y vuestros son también todos mis bienes.



Triduo a la Virgen del Quinche

Los que no puedan hacer la Novena para prepararse a la fiesta de Nuestra Señora, han de procurar hacer por lo menos un triduo, con tanto más fervor, cuanto menos tiempo dedican al culto particular de la Reina de los Angeles; y sobre todo se han de esmerar en la *Confesión*, *Comuni3n* y *Acto de Consagración*, en el día de la Virgen.

Por lo demás, pueden servirse de las mismas consideraciones y oraciones de la Novena; tomen, por ejemplo, los tres primeros días de la Novena, y tienen un triduo cabal;

o más bien, el segundo, quinto y noveno; escojan, en fin, como más les agrade, con tal que hagan muchos obsequios a la Santísima Virgen.

Algunos obsequios o flores espirituales

que se pueden ofrecer a la Santísima Virgen durante la novena, triduo, mes de María, etc., según la devoción de cada uno

1. Resolverse a hacer con fervor la Novena, triduo, etc., en honra de la Santísima Virgen, y cada día renovar el mismo propósito, practicando los ejercicios correspondientes en casa, si no se puede en la Iglesia.

2. Tener adornada una imagen de María en casa y obsequiarla lo mejor que se pueda. A la Beata Mariana de Jesús manifestó la Santísima Virgen cuánto le agrada este modo de obsequiarla, curándole milagrosamente, en una ocasión, un dedo, y en otra, los ojos que tenía muy enfermos.

3. Saludarla afectuosamente, al pasar delante de una iglesia o imagen de María. San Bernardo mereció de este modo que la benignísima Reina del cielo le volviese la salutación por medio de su imagen; pues en diciendo el Santo: «Dios te salve María», oyó que le contestaba: «Dios te salve, Bernardo».

4. Pedirle la bendición al levantarse por la mañana, y al acostarse por la noche. Así lo hacía San Estanislao de Kostka, y tuvo la dicha de que la Santísima Virgen le dejara al Niño en sus brazos.

5. Al salir de casa, pedirle a la Virgen bendiga tus pasos y acciones, porque no sabes los peligros que te aguardan.

6. Inspirar a otros, sobre todo a los hijos y dependientes, la devoción a María. Predicando una vez San Alfonso María de Liguorio sobre las glorias de María, quedó de súbito arrebatado en éxtasis, y bañado de los resplandores que salían de una efigie de la Virgen.

7. Cuando el reloj da la hora, rezar con mucho afecto el *avemaría*. «Este es el mejor modo de saludarme», dijo una vez Nuestra Señora a Santa Matilde.

8. En los peligros y tentaciones acogerse al manto de la Virgen invocando su auxilio. Hízolo así el B. Sauli, viéndose molestado de una tentación impura: se le apareció la Reina de las Vírgenes y huyó al instante el enemigo.

9. Decir mañana y tarde una *avemaría* con la oración «¡Oh Señora mía! ¡oh Madre mía! etc.» Jóvenes impuros y pecadores muy desalmados se han convertido y trocado en muy buenos cristianos por ese medio.

10 Rezar el *Memorare*, esto es la oración: «Acordaos, oh piadosísima...» pidiendo una buena muerte o la conversión de los pecadores. Un santo y apostólico varón consiguió por este medio que muriesen santamente muchísimos pecadores y reos condenados a muerte que antes habían estado obstinados.

11. No dejar que se pase día alguno sin ofrecer su familia y dependientes a la Santísima Virgen. Ofrecíale una vez San José de Calasanz los niños de las Escuelas Pías, y se le apareció la cariñosa Madre con el Niño Jesús en los brazos, dando al Santo y a sus queridos niños la bendición.

12. Poner en las manos de María la administración de su casa y de todos sus intereses. Santa Teresa de Jesús nombraba a la Virgen Superiora de todos sus monasterios, y ponía a sus pies las llaves, cuando los acababa de fundar, con lo cual salió victoriosa de gravísimas dificultades.

13. Llevar siempre algún escapulario de la Virgen. El mismo demonio declaró a un pecador que, sólo por el escapulario que llevaba, no le había arrebatado al infierno. Un soldado quedó ileso a pesar de haber recibido un balazo; y luego halló que la bala se había detenido y aplastado sobre el escapulario.

14. Oír o hacer celebrar misas en honra de la Santísima Virgen. Se entenderá cuánto agrada a Nuestra Señora este obsequio, si se reflexiona que, el asistir a la santa Misa con devoción, es lo mismo que si hubiéramos presenciado la crucifixión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en compañía de su Madre dolorosísima.

15 Visitar alguna iglesia o altar consagrado a María. Este era el primer cuidado del piadoso rey S. Enrique, al llegar a los pueblos; y María se lo recompensó, volviéndole la visita a la hora de la muerte.

16. Dar limosna a los pobres en obsequio de Nuestra Señora, encargándoles que le recen una *avemaría*. Santa Isabel de Hungría recibió favores singularísimos de la Virgen, porque, siendo niña, repartía entre los pobres todo el dinero que sus padres le daban para juguetes y diversiones.

17. Visitar y consolar algún enfermo por amor de María. S. Alonso Rodríguez acompañaba a un padre de la Compañía en este acto de caridad, y, al subir con mucha fatiga una cuesta muy empinada, se le apareció la benignísima Reina, y le enjugó el sudor del rostro con un blanquísimo lienzo.

18. Socorrer a las almas del purgatorio más devotas de María. A Santa Brígida, que tenía esta devoción manifestó la misma

Virgen Santísima, que era uno de los obsequios que más le agradaban.

19. Entrar en alguna congregación de la Virgen, y observar fielmente sus reglas. Asistiendo en la hora de la muerte el P. Lesio a su penitente el celeberrimo Justo Lipsio, le preguntó qué cosa le consolaba más en aquel trance, y le respondió el moribundo: «el haber sido fiel congregante de María.»

20. Llevar alguna medalla de la Virgen, y, apretándola al corazón, decir con mucho afecto: «Os lo entrego para siempre, Madre mía»; o esta otra jaculatoria, con que se ganan muchas indulgencias: «Jesús, José y María, el corazón os doy y el alma mía». San Ignacio de Loyola, que solía hacerlo a menudo, mereció que la dulcísima Señora le visitase más de treinta veces, y le dictase los ejercicios.

21. Compadecerse de los dolores de la Virgen, y rezar siete avemarías en su memoria. Santa Margarita de Cortona alcanzó por medio de esta práctica muy señalados favores del cielo.

22. Refrenar los sentidos, sobre todo los ojos, en honra de la Santísima Virgen. Ella misma dijo a una devota suya, que le pedía la llevase al cielo, pero que no había aprendido aun a tener recogidos los sentidos: «No te quiero llevar conmigo, mientras no me

des gusto enmendándote de esas faltas de modestia.»

23. Al tocar a las *avemarías* rezar el *ángelus*, aun en público. San Carlos Borromeo, hasta se apeaba del caballo, y se arrodillaba en medio del lodo, para tributar este obsequio a la Reina del cielo.

24. Ejercitarse en algún oficio bajo y humilde por amor de María. Así estaba una vez el V. P. Martín Alberro, de la Compañía, recogiendo la basura del Colegio, cuando se le apareció hermosísima Nuestra Señora, y le encargó que la mandase retratar por un pintor en la forma que la vese. Así se hizo, y dicho retrato es el cuadro bellísimo que se venera en Valencia, en el templo de la Compañía de Jesús.

25. Ofrecer muchas veces los trabajos que se padecen a la Santísima Virgen. Estando Santa Catalina de Sena amasando el pan que había de dar a los pobres en obsequio de María, se le apareció Nuestra Señora y le ayudó a amasar, dando al pan un sabor exquisito.

26. Imitar las virtudes de la Santísima Virgen, y para esto preguntarse a menudo: «¿Qué haría, o cómo se conduciría la Virgen, puesta en las circunstancias en que me hallo?» Esta imitación fue cabalmente la que mereció a los santos tan grandes favo-

res de María y tanta gloria después de la muerte.

27. Conformarse con la voluntad de Dios en medio de las amarguras y desconsuelos que nos sobrevengan. Si nosotros estimamos muchísimo, y con razón, las reliquias de la santa cruz, de la corona de espinas y demás instrumentos de la pasión del Señor, mucho más, sin comparación, es lo que estima la Santísima Virgen los actos de mortificación y paciencia que le ofrecen sus devotos.

28. Trabajar y hacer diligencia por la conversión de algún pecador. La misma Virgen, excitando a esta práctica al V. P. Bernardo Colnago de la Compañía de Jesús, le dijo en una ocasión: «Este es el obsequio que más me agrada.»

29. Refrenar la lengua en honra de María Santísima. Si en esta virtud la imitásemos, pronto llegaríamos a ser perfectos, como enseña el Apóstol Santiago. Aquí tenemos una mina riquísima de actos de mortificación y caridad.

30. Enseñar a otros la doctrina cristiana, el modo de recibir los sacramentos, de encomendarse a Dios, etc., y sobre todo, la práctica de la devoción a la Santísima Virgen. Quienquiera que haga esta obra de misericordia en honra de María, sepa que le

da más gusto que si repartiase cuantiosas limosnas a los pobres.

31. Prestarse de buena gana a servir humildemente a la Santísima Virgen, cuando se hacen los preparativos para sus festividades, o en otros días de particular devoción; por ejemplo, barriendo la Iglesia, adornando el altar de la Virgen, convidando a otros y exhortándolos o rogándoles que acudan a honrar a la Virgen, etc.

Finalmente su misma devoción enseñará a los fieles hijos de María otras muchas maneras de obsequiar a su querida Madre. ¿A quién no se le ofrecerán cada día ocasiones de mortificarse en honra de Nuestra Señora? Pues aprovechemos esas ocasiones, y caminaremos rápidamente a la perfección cristiana. Callemos, cuando se nos dirige una palabra injuriosa; cedamos al parecer ajeno sin porfiar por cosas indiferentes o de poca importancia; privémonos del gusto que se siente en averiguar o contar cosas curiosas e inútiles; Dios nos libre de hallar gusto en las murmuraciones! Suframos con paciencia la lentitud, o falta de memoria o poca habilidad de los que nos sirven y atienden; lejos de alabarnos, confundámonos más bien, si alguien nos alabare; escojamos disimuladamente en la comida el bocado menos gustoso; suframos con paciencia las picaduras

y molestias de los insectos, mirándolos como instrumentos de la justicia divina.

Otros cristianos más generosos se ingenian en hallar mil modos de mortificarse en honra de la Santísima Virgen: ya se privan de alguna fruta o bebida sabrosa, ya, de propósito, toman los manjares insulsos y desabridos; ora besan el suelo, ora se ponen con los brazos en cruz o en otra postura incómoda; ayunan los sábados y vigiliass de las festividades de la Virgen; dejan de acudir a las diversiones o entretenimientos vanos; ocúpanse en la oración y lectura espiritual, y practican varias mortificaciones secretas, que el amor de Jesús crucificado y la contemplación de los dolores de María inspiran a las almas fervorosas, aunque siempre con la aprobación de su prudente director.

Una cosa debe advertirse en esta materia de los obsequios que se escojan para honrar con ellos a la Santísima Virgen: que cada uno tenga sus devociones determinadas de tal suerte, que nunca las omita o difiera, sino en caso de verdadera imposibilidad; y que, aun en ese caso, las supla del mejor modo posible. Habiéndose descuidado algunos días el V. Tomás de Kempis en cumplir con las devociones que solía rezar a la Virgen, vió en sueños cómo esta Madre dulcísima abrazaba a sus devotos compañeros; más en llegando a él la Reina Soberana, en vez de

acariciarle como a los demás: «¿Qué aguardas», le dijo con semblante severo, «tú que has dejado mi devoción?» Con el cual aviso nunca más volvió el dichoso siervo de María a olvidarse ni descuidarse lo más mínimo en sus ordinarias devociones.

PLAN DE VIDA

Hay muchísimos que toda su vida pasan en hacer muy buenos propósitos, y a la hora de la muerte se encuentran vacíos de buenas obras, y sólo cargados de culpas, fruto de una vida desarreglada. Pues, para que las personas que se hubieren consagrado a la Santísima Virgen no incurran en semejante desgracia, he aquí un modo fácil de reducir a la práctica los buenos propósitos, y un método de ejercitar todas las virtudes propias del estado de cada uno a mayor gloria de Dios y honra de María Santísima.

Un buen plan de vida es la mejor prenda de perseverancia final.

Cada año. — 1^o Destina un día exclusivamente al cuidado de vuestra alma, y procurad arreglar todas vuestras cosas de suerte que, si Dios, enviara un ángel a deciros: «Hoy tienes que dar cuenta de tus obras ante el tribunal divino», pudiéscis responder: «preparado está, Señor, vuestro siervo, para dar cuenta de su vida». Haced una confesión

general, por lo menos de todo el año, o desde la última, escogiendo un confesor docto, santo y de quien tengáis entera satisfacción, para continuar en adelante, si es posible, confesándoos con él, y consultarle acerca de vuestras cosas espirituales. Este aviso es de mucha importancia, para caminar con acierto entre los muchos peligros y tropiezos que no pueden faltar en esta vida.

2. Preparaos y disponeos para las festividades más solemnes con particulares ejercicios de piedad, con ayunos, penitencias, novenas, consagrando algo más de tiempo a la oración, leyendo alguna cosa relativa a la festividad, etc.

3. Celebrad con particular devoción las fiestas del Señor y de la Virgen Santísima, visitando alguna iglesia o altar de su advocación y confesando y comulgando en ese día.

4. Si se diere alguna misión o triduo solemne en vuestra tierra, habéis de procurar aprovecharos todo lo posible de los sermones y demás ejercicios espirituales, entendiendo que ésa es una gracia muy especial que el Señor concede a los pueblos.

5. Es necesario que siempre sea edificante vuestra conducta, de modo que todo el mundo sepa que no os avergonzáis de mostraros buen cristiano y sumiso hijo de la Santa Iglesia en todas ocasiones. *Al vano*

respecto humano se le vence y derrota haciéndole frente, al revés de las tentaciones impuras, a las cuales vence mejor quien más se aparta y huye de las malas ocasiones.

Cada mes.—1. Escoged un día para tomaros cuenta por espacio de una media hora acerca de las pérdidas y ganancias de vuestra alma; y procurad poner remedio cuanto antes, dado que advirtáis algún menoscabo o peligro de dejar vuestros santos propósitos; y dad cuenta de todo a vuestro director.

2. Comulgaréis todas las veces que vuestro P. espiritual lo ordenare, renovando con todo fervor vuestros propósitos, y especialmente vuestro *acto de consagración* a la Santísima Virgen y al Sagrado Corazón de Jesús. Si todavía no hubiereis determinado el estado que habéis de tomar, éste es el tiempo más a propósito para encomendar a Dios un negocio tan importante, como es la elección de estado, de cuyo acierto las más veces depende la salvación. Teniendo a Dios dentro de vuestro pecho oiréis más de cerca su voz.

Cada semana.—1. Santificaréis las fiestas, a más de oír devotamente la misa, acudiendo a alguna congregación, asistiendo al sermón o a la distribución, si la hubiere, visitando alguna iglesia donde se puedan ganar indulgencias, o esté expuesto el Santísimo Sacramento.

2. No dejéis de acudir a donde se enseña la doctrina cristiana; y si os halláis en estado de instruir a otros, hacedlo con mucha caridad, entendiendo que éste es oficio de apóstoles, y de mucho mérito delante de Dios.

3. Asistid siquiera un día a la semana a la oración, que los fieles tengan reunidos en alguna iglesia o capilla; y tanto en la oración como en las mortificaciones, seguiréis el consejo de vuestro P. espiritual.

Cada día.—1. Dejad la cama temprano, y levantad vuestro corazón a Dios ofreciéndole todas las acciones del día. Pedidle no permita que cometáis algún pecado, especialmente en aquella materia a que sentís más inclinación; proponed firmemente la enmienda; haced intención de ganar todas las indulgencias que pudiereis durante el día; encomendaos muy de veras a la Santísima Virgen, al Angel custodio, al Santo de vuestro nombre, a los demás que tuviereis por especiales abogados, y a las benditas almas del purgatorio.

2. Emplead por lo menos un cuarto de hora en oración mental, oíd misa con toda devoción, leed algún libro espiritual, pero no perdáis después el fruto leyendo libros profanos y dañosos. Cuando saliereis al campo, o en vuestra oficina os pusiereis a trabajar, actuaos en la presencia de Dios,

pensad en los novísimos, invocad los dulcísimos nombres de Jesús y de María, repetid con todo el afecto del corazón algunas jaculatorias; acordaos siempre de aquel verso: «*Mira que te mira Dios!*» A la noche examinaréis todas las acciones, pensamientos y palabras de cada día; y, si hallareis algo bueno, daréis gracias a Dios, a quien debéis atribuirlo; de lo malo le pediréis perdón, imponiéndoo alguna penitencia y proponiendo la enmienda. Al acostaros pensad que muchos otros, que así se acostaron sanos y buenos, no se volvieron a levantar. Dios os libre, pues, de que os vayáis a despertar en el infierno; por tanto nunca os acostéis en pecado mortal.

3. Huid del ocio, origen de muchos y muy graves pecados; atended seriamente al estudio, o al cuidado de vuestra casa y familia, según fuere vuestro estado y oficio: Dios quiere que empleemos provechosamente el tiempo que nos concede, y que cumplamos nuestra común penitencia: «*Comerás el pan con el sudor de tu frente*». Al anochecer, rezad el santo rosario en casa o en la iglesia. Finalmente, tened entendido que, cual fuere vuestra vida, será vuestra muerte, según aquella sentencia de San Bernardo: *De la vida depende la muerte y de la muerte la eternidad*».

EL SANTO ROSARIO

I

La excelencia y ventajas del Rosario, se echan de ver claramente por el aprecio y estima en que lo tiene la Iglesia, y por el empeño particular con que lo recomienda a todos los fieles. A esta devoción ha acudido en sus mayores tribulaciones, y por su medio ha logrado exterminar las herejías, y derrotar los ejércitos más formidables de sus enemigos. Por lo cual un romano pontífice dijo que el Rosario es el azote de los demonios; otro le llamó árbol de la vida, que resucita los muertos, cura los enfermos y conserva los sanos; León XIII, el Pontífice del Santo Rosario, le ha llamado prenda de la santa fe católica, compendio de todo el culto de Nuestra Señora, y señal cierta de la victoria que alcanzará el pueblo de Dios contra sus enemigos. ¿Qué extraño, pues, que se rece el Rosario en todas las lenguas e idiomas, y que reine donde quiera que hay fieles cristianos, y que sea su devoción una de las señales más seguras, y como la medida y termómetro de la piedad, fe y religión, así de los pueblos y asociaciones católicas, como de cada uno de sus individuos?

Cuán agradable sea a Dios nuestro Señor y a su Santísima Madre,—fuera de los muchísimos favores que por su medio se han obtenido,—vése claramente por las circunstancias de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de Lourdes. Sabido es cómo se apareció a la Bernardita con el Rosario en la mano, pasando una por una las cuentas, mientras movía los labios articulando en secreto unas palabras misteriosas, como para darnos a todos esta lección: «Los que quieran ser mis favorecidos en la tierra, y después gozar conmigo en el cielo, traigan siempre consigo el santo rosario, no se cansen de pasar entre los dedos las cuentas benditas, y de repetir con la lengua las alabanzas que por esta mi predilecta devoción se me tributan.» En efecto, el corazón cristiano se resiste a creer que haya de arder eternamente en el infierno una lengua que todos los días saluda a la Santísima Virgen, por lo menos cincuenta veces, repitiendo el *avemaría*, y que hayan de ser pasto de llamas las manos que tantas veces repasan devotamente el Santo Rosario. Y para que nadie crea que esto no pasa de ser una consideración piadosa falta de fundamento sólido,—dejando aparte los muchísimos ejemplos de pecadores que se han convertido y muerto santamente gracias a la devoción del Rosario,—hé aquí, para consuelo de todos los devotos de la San-

tísima Virgen, las quince promesas que la misma Reina del cielo hizo a Santo Domingo de Guzmán:

1ª El que me sirviere constantemente rezando mi Rosario recibirá una gracia especial.

2ª A cuantos recen devotamente mi Rosario les prometo singular protección y grandes favores.

3ª El Rosario será una arma potentísima contra el infierno: desterrará los vicios, dará muerte al pecado, aplastará la cabeza a la herejía.

4ª El Rosario hará florecer la virtud y santidad, atraerá sobre las almas la abundancia de las misericordias divinas, librerá el corazón de los hombres del vano amor del mundo, llenándole de amor de Dios y encendiéndole en el deseo de los bienes eternos. ¡Oh! cuántas almas se santificarán por esta devoción.

5ª Los que a mí se encomienden por medio del Rosario no perecerán.

6ª Quien rezare devotamente el Santo Rosario con la consideración de los sagrados misterios, jamás será oprimido por la desgracia, no le alcanzará el rigor de la justicia divina, no morirá de muerte repentina; sino que, si es pecador, se convertirá, si es justo se conservará en estado de gracia, y así se hará digno de la vida eterna.

7^a Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin sacramentos.

8^a Quiero que todos los que recen devotamente el Rosario tengan fortaleza y luz en su vida y en su muerte, y sean ayudados con los méritos de los bienaventurados.

9^a . A los devotos de mi Rosario yo les libraré del purgatorio.

10^a Los que en vida hubieren amado verdaderamente y practicado esta devoción con fidelidad, gozarán de una gloria especial en el cielo.

11^a Todo lo que pidieren por medio del Rosario lo alcanzarán.

12^a A los que propaguen mi Rosario prometo socorrerlos en todas sus necesidades.

13^a He alcanzado de mi divino Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan por hermanos en vida y en muerte a los bienaventurados del cielo.

14^a Los devotos de mi Rosario son mis hijos muy amados y hermanos de Jesucristo.

15^a La devoción de mi Rosario es señal cierta de predestinación.

II

Esta devoción tiene la ventaja de estar al alcance de todos, y en todas las circunstancias, en que se pueden encontrar. Os aconsejo, sí, que, cuando recéis el Santo Rosario

lo hagáis hincados de rodillas delante de una imagen de la Santísima Virgen, si no tenéis un motivo razonable que os impida. Pero sabed que podéis rezarlo, sin escrúpulo, aun andando y yendo de viaje, sea a pie, sea a caballo, y con la cabeza cubierta; hasta sentado y acostado en la cama, si la enfermedad, o el mucho cansancio, o el desvelo no permiten otra cosa. Lo que importa es que se reze con devoción; que cuanto ésta fuere mayor, más agradaremos a Dios y a nuestra Madre querida, aunque no podamos rezar de rodillas el Santo Rosario.

Sabed también que la esencia del Rosario, es decir, lo que basta para cumplir con esta devoción, consiste solamente en rezar *cinco decimas o decenas de avemarias con un padre-nuestro y un gloriapatri en cada decena*. Esto puede y sabe hacer todo el mundo, y por lo mismo, no habéis ya de dejar el rezo del Santo Rosario por aquella razón con que se excusan los ignorantes: «que no rezan, porque no saben las letanías o el ofrecimiento, o porque no aprenden todavía los misterios, o, en fin, porque no tienen Rosario». Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre no os piden lo imposible; antes bien, si rezáis con devoción las cinco decenas del modo dicho, aunque no sepáis el ofrecimiento y las letanías, ni tengáis siquiera rosario, ganaréis más que otros que saben todas estas

cosas mejor de memoria, pero que no saben rezar con devoción. Si os vienen algunas dudas sobre las condiciones necesarias para ganar las indulgencias, etc., no creáis fácilmente a cualesquier personas; sino más bien informaos de algún sacerdote docto, y estad a lo que él os dijere. Por lo pronto podéis estar seguros de que, si hacéis lo que os he indicado, cumplís verdaderamente con la devoción del Santo Rosario, y que, aunque no sepáis cuántas y qué clase de indulgencias ganáis por este medio, os basta hacer intención, así en general, de rezar el Rosario por las intenciones requeridas para el fin de ganar todas las indulgencias que pudieris. Después de la muerte veréis, Dios mediante, los tesoros inmensos que ahora se encarga Nuestra Madre de guardároslos. Pero, para que recéis con más gusto el Santo Rosario, voy a daros una idea algo más clara. El *Rosario entero* consta de quince misterios: cinco gozosos, cinco dolorosos y cinco gloriosos: éste es el rosario fundado por Santo Domingo de Guzmán. Mas, como son pocos los que rezan el rosario entero, por eso se han distribuido los quince misterios por los días de la semana, y se han señalado los gozosos para los lunes y jueves, los dolorosos para los martes y viernes, y los gloriosos para miércoles, sábados y domingos. Si pudierais, pues, rezar cada día todos los quince

misterios, es decir, 150 avemarías con sus 15 padrenuestros y gloriapátris correspondientes, imitaréis el ejemplo de muchos Santos devotos del Santo Rosario; v. gr., de S. Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, que de tanto pasar las cuentas de Rosario llegó a tener callos en los dedos; pero si tanto no podéis, no tenéis por qué afligiros; puesto que, con una sola corona o tercera parte del Rosario, ganáis muchísimas indulgencias, y hacéis un obsequio muy agradable a la Santísima Virgen: por esta razón os hablé antes sólo de las cincuenta avemarías y cinco padrenuestros y glorias, uno por cada decena.

Por último sabed que, cuando uno toma para su uso particular exclusivamente o se apropia de un rosario bendito y dotado de indulgencias, esas indulgencias ya no le pueden servir a otro, es decir, ningún otro ganará las indulgencias rezando por ese rosario. Sin embargo Pío IX concedió (22 de Febrero de 1858) que aun los que no tienen rosario puedan ganar todas las indulgencias, juntándose con otro que tenga rosario y encabece o dirija el rezo. Por eso en todas las familias conviene que una persona, por lo menos, tenga un rosario y sepa encabezar el rezo.

LOS QUINCE MISTERIOS
DEL
SANTISIMO ROSARIO

MISTERIOS GOZOSOS

QUE SE CONTEMPLAN LOS LUNES Y JUEVES

El primer misterio gozoso es «la anunciación del arcángel S. Gabriel a María Santísima y la Encarnación del divino Verbo en sus purísimas entrañas». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, sean tales nuestras obras, que anuncien nuestra eterna salvación. Amén.

El segundo misterio gozoso es «la visita que hizo María Santísima a su prima Santa Isabel, llenándola de la gracia del Espíritu Santo y limpiando de la culpa original al Bautista». Pidamos a su divina Majestad, que, por intercesión de su Santísima Madre, nos visite en nuestras necesidades espirituales y temporales, llenándonos de sus gracias y favores. Amén.

El tercer misterio gozoso es «el Nacimiento del Niño Dios en el Portal de Belén sobre unas humildes pajas». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, renazca en nuestros corazones por humildad y pobreza de espíritu. Amén.

El cuarto misterio gozoso es «la Presentación del Niño Dios en el templo y Purificación de María Santísima». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, seamos presentados ante su divino tribunal limpios y purificados de toda culpa. Amén.

El quinto misterio gozoso es «el singular regocijo que tuvo María Santísima, cuando, después de haber perdido a su Santísimo Hijo, al tercer día le halló en el templo disputando con los doctores y enseñando su santa ley». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, ya que le hemos perdido por la culpa, le hallemos por la penitencia. Amén.

MISTERIOS DOLOROSOS

QUE SE CONTEMPLAN LOS MARTES Y VIERNES

El primer misterio doloroso es «la oración fervorosa que hizo Cristo Señor Nuestro a su Eterno Padre en el huerto, sudando gotas de sangre». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, nos enseñe a hacer perfecta oración, meditando con ternura en su dolorosa pasión. Amén.

El segundo misterio doloroso son «los cinco mil y más azotes, que dieron a Cristo

«Señor Nuestro atado a una columna». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, ate nuestros corazones a la columna de la mortificación, para así lograr el tiempo que nos franquea su divina misericordia haciendo de nuestras culpas una verdadera penitencia. Amén.

El tercer misterio doloroso es «la corona de espinas que pusieron a Cristo Señor Nuestro sobre sus delicadas y sagradas sienes». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, los trabajos de esta vida nos labren la eterna corona de la gloria. Amén.

El cuarto misterio doloroso es «la cruz pesada que pusieron a Cristo Señor Nuestro sobre sus lastimados hombros, y en ella el grave peso de nuestras culpas». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, nos dé conformidad para sobrellevar la cruz de nuestro estado, que en esta vida su divina providencia nos hubiere impuesto. Amén.

El quinto misterio doloroso es «la muerte afrentosa que dieron a Cristo Señor Nuestro en el santo madero de la cruz en medio de dos ladrones». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, nos dé paciencia para sobrellevar los trabajos y afrentas, y aun la misma muerte. Amén.

MISTERIOS GLORIOSOS

QUE SE CONTEMPLAN LOS MIÉRCOLES
SÁBADOS Y DOMINGOS

El primer misterio glorioso es «la triunfante Resurrección del Señor». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, nos resucite a nueva vida y costumbres. Amén.

El segundo misterio glorioso es «la admirable Ascensión del Señor a los cielos por su propio poder». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, lleve tras sí nuestros corazones a sólo amar y contemplar las cosas celestiales. Amén.

El tercer misterio glorioso es «la venida del Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego sobre el Colegio Apostólico». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, baje sobre nuestros corazones, y los abraze en el activo incendio de su divino amor. Amén.

El cuarto misterio glorioso es «el feliz tránsito de María Santísima de esta vida mortal a la eterna, y cómo en trono de Serafines fue llevada en cuerpo y alma a la gloria». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, nos ayude y favorezca en el formidable trance de nuestra muerte. Amén.

El quinto misterio glorioso es «la Coronación de María Santísima en la corte celestial por Reina universal de todo lo criado». Pidamos a su divina Majestad que, por intercesión de su Santísima Madre, nos corone en esta vida de gracia, y en la otra de gloria. Amén.

Ofrecimiento del Santísimo Rosario

Virgen Santísima, María, Madre de gracia y de misericordia, este rosario que hemos rezado te ofrecemos y encomendamos a Vos, Madre de pureza, para que se lo ofrezcáis a vuestro Santísimo Hijo, en memoria y reverencia de su santísima vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos; y nos concedáis un verdadero dolor de todos nuestros pecados, una entera confesión de todos ellos, perseverancia en la gracia de vuestro divino Hijo hasta la muerte, en la cual, como protectora nuestra, nos defendáis de las formidables tentaciones del demonio; y, presentando nuestras almas ante el divino tribunal de vuestro amantísimo Hijo, como tan sabia y poderosa abogada, nos alcancéis sentencia de vida eterna. También os suplicamos, Virgen Santísima por la quietud, paz, sosiego y la observancia de la ley divina y humana en todos los habitantes de esta República, como también por todos los gobiernos

cristianos, y por los Ministros de la Iglesia; por la extirpación de las herejías, victoria contra los infieles y los herejes, conversión de todos ellos al gremio de nuestra religión católica, y de todos los pecadores a verdadera penitencia; por el feliz éxito de todos los que están en la agonía de la muerte, y por el alivio y descanso de las benditas almas del purgatorio, particularmente de las de nuestra mayor obligación: por este fin queremos ganar todas las gracias e indulgencias concedidas al Santísimo Rosario, y por lo mismo deseamos hacer todas aquellas buenas obras que con vuestro auxilio esperamos ejecutar hasta la última hora de nuestra muerte. Amén.

(Después del Rosario o de la letanía de la Santísima Virgen, tienen muchos la piadosa costumbre de rogar a Dios por los agonizantes, de este modo):

Tres padrenuestros y avemarías por los que están en la agonía de la muerte: el primero en memoria de la agonía del Señor en el huerto, pidiendo a su divina Majestad aparte los errores de la voluntad de los que están agonizando, que es pedir la perseverancia en la caridad, *Padre nuestro...*
Dios te salve, María...

El segundo en memoria de la agonía del Señor en la Cruz, pidiendo a su divina Majestad aparte los errores del entendimiento

de los que están agonizando, que es pedir la firmeza en la fe. *Padre nuestro.... Dios te salve, María....*

El tercero en memoria del admirable poder, con que el día de su triunfante Ascensión abrió las puertas del cielo con la llave de la Cruz, pidiendo a su divina Majestad las abra a los que están agonizando, que es pedir la seguridad en la esperanza. *Padre nuestro.... Dios te salve, María....*

ORACIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

¡Oh suavísima Virgen María! resplandeciente palacio del Rey Eterno, palma bellísima de justicia, nardo oloroso de castidad, paraíso ameno de todos gustos lleno! Concededme, Virgen Santísima, que encendido mi corazón en vuestro amor viva una vida toda celestial, y acabe mis días invocando tan de corazón los dulcísimos nombres de *Jesús María y José*, que los acabe de pronunciar en el cielo. Amén.

¡Jesús, José y María, el corazón os doy y el alma mía!

¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía!

¡Jesús, José y María, moriré tranquilo en vuestra santa compañía!

(Indulgencia de 100 días por cada invocación.—Pío VII-1821).

METODO ABREVIADO

PARA EL

REZO DEL SANTO ROSARIO

Por la señal † de la santa cruz. . . .

Señor mío Jesucristo, etc. . . .

Los misterios que vamos a contemplar son (v. g.) los gozosos.

El primero, la Encarnación del Hijo de Dios.

Padre nuestro. . . .

Diez avemarías, y, al mismo tiempo que se rezan, va uno pensando devotamente en el misterio de la Encarnación, con tierno afecto para con el Verbo divino encarnado, o para con la Santísima Virgen, etc. También se puede detener algunos momentos meditando en silencio sobre el misterio que se haya enunciado, y luego rezar el padrenuestro y las diez avemarías, atendiendo suavemente a la significación de las palabras que reza. Los que no puedan meditar en los misterios, no se apenen por eso: basta que recen devotamente.

Gloria al Padre, al Hijo. . . .

Y María, Madre de gracia, Madre de misericordia.

R. En la vida y en la muerte, amparadnos gran Señora.

El segundo misterio, (v. g.) la visitación de Nuestra Señora a su prima Santa Isabel

Padre nuestro Diez avemarías
Gloria María, Madre de gracia,

Después de acabado el último misterio, se puede añadir.

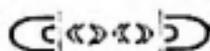
Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo, llena eres de gracia, etc. . . .

Dios te salve María, Esposa del Espíritu Santo, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve María, templo y sagrario de la Santísima Trinidad;

Dios te salve, María, concebida en gracia, sin mancha de pecado original. Amén.

Y así se termina, o se añaden, según la devoción, otras oraciones y la letanía de la Virgen.



LETANIA LAURENTANA

EN LATÍN

Kyrie, eleison.

Christe, eleison.

Kyrie, eleison.

Christe, audi nos.

Christe, exaudi nos.

Pater de coelis Deus, miserere nobis.

Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis.

Spiritus Sancte Deus, miserere nobis.

Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis.

Sancta Maria.

Sancta Dei Genitrix.

Sancta Virgo Virginum.

Mater Christi.

Mater divinae gratiae.

Mater Purissima.

Mater castissima.

Mater inviolata.

Mater intemerata.

Mater immaculata.

Mater amabilis.

Mater admirabilis.

Mater boni consilii.

Mater Creatoris.

Mater Salvatoris.

Virgo prudentissima.

Virgo veneranda.

Ora pro nobis

Virgo predicanda.
Virgo potens.
Virgo clemens.
Virgo fidelis.
Speculum justitiae.
Sedes sapientiae.
Causa nostrae letitiae.
Vas spirituale.
Vas honorabile.
Vas insigne devotionis.
Rosa mystica.
Turris davidica.
Turris eburnea.
Domus aurea.
Federis arca.
Janua coeli.
Stella matutina.
Salus infirmorum.
Refugium peccatorum.
Consolatrix afflictorum.
Auxilium christianorum.
Regina Angelorum.
Regina Patriarcharum.
Regina Prophetarum.
Regina Apostolorum.
Regina Martyrum.
Regina Confessorum.
Regina Virginum.
Regina Sanctorum omnium.
Regina sine labe originali concepta.
Regina Sacratissimi Rosarii.

Ora pro nobis

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi;
parce nobis, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi;
exaudi nos, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi;
miserere nobis.

✠ Ora pro nobis, Sancta Dei Genitrix.

R Ut digni efficiamur promissionibus
Christi.

OREMUS

Concede nos famulos tuos, quaesumus,
Domine Deus, perpetua mentis et corporis
sanitate gaudere, et gloriosa beatæ Mariæ
semper Virginis intercessione, a praesenti
liberari tristitia, et aeterna perfrui laetitia.
Per Christum Dominum Nostrum. Amen.

Pío VII concedió *300 días de indulgencia*
por cada vez que se rece la letanía de la Vir-
gen con corazón contrito.

LETANIA LAURENTANA

EN CASTELLANO

- Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten misericordia de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.
Dios Padre, Creador de los cielos, ten etc.
Dios Hijo, Redentor del mundo, ten etc.
Dios Espíritu Santo, ten misericordia de
nosotros.
Trinidad Santa, que eres un solo Dios, ten
misericordia de nosotros.
Santa María.
Santa Madre de Dios.
Santa Virgen de las vírgenes.
Madre de Cristo.
Madre de la divina gracia.
Madre purísima.
Madre castísima.
Madre intacta.
Madre incorrupta.
Madre sin mancha.
Madre amable.
Madre admirable.
Madre del buen consejo.
Madre del Creador.
Madre del Salvador.
Virgen prudentísima.
Virgen digna de reverencia.

Ruega por nosotros

Virgen digna de alabanza.
Virgen poderosa.
Virgen clemente.
Virgen fiel.
Espejo de justicia.
Trono de sabiduría.
Causa de nuestra alegría.
Vaso espiritual de elección.
Vaso digno de honor.
Vaso insigne de devoción.
Rosa mística.
Torre de David.
Torre de marfil.
Casa de oro.
Arca de la alianza.
Puerta del cielo.
Estrella de la mañana.
Salud de los enfermos.
Refugio de los pecadores.
Consoladora de los afligidos.
Auxilio de los cristianos.
Reina de los Angeles.
Reina de los Patriarcas.
Reina de los Profetas.
Reina de los Apóstoles.
Reina de los Mártires.
Reina de los Confesores.
Reina de las Vírgenes.
Reina de todos los Santos.
Reina concebida sin pecado original.
Reina del Santísimo Rosario.

Ruega por nosotros

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; óyenos Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; ten piedad de nosotros.

Y Ruega por nos, Santa Madre de Dios.

R Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

Os suplicamos, Señor Dios Nuestro, nos concedáis la salud del alma y del cuerpo, y, por la intercesión de la bienaventurada siempre Virgen, María, nos libréis de las miserias presentes y nos otorguéis el goce de los bienes eternos. Por Jesucristo Señor Nuestro. Amén.



OFICIO

DE LA

INMACULADA CONCEPCION

S. Alonso Rodríguez, Coadjutor temporal de la Compañía de Jesús, devotísimo del misterio de la Inmaculada Concepción, solía rezar todos los días este Oficio, sabiendo que la Santísima Virgen se complacía de un modo especial en este obsequio; y habiendo el Santo Hermano enseñado a otros muchos la misma devoción, y extendídola sobre todo entre la juventud estudiosa, logró por este medio notables conversiones de pecadores y el aprovechamiento espiritual de cuantos quisieron imitar su ejemplo.

CONSAGRACION

A LA SANTISIMA VIRGEN

Virgen Santísima, Madre de Dios, y Madre mía: agradecido a los innumerables beneficios que por vuestra mediación he recibido, postrado a vuestros pies en presencia de la corte celestial me ofrezco de nuevo a

vuestro servicio, y os consagro mis potencias y sentidos, protestando que quiero morir mil veces antes que ofender a vuestro divino Hijo, mi Redentor. Confirmad en mí estos buenos deseos, y alcanzadme la dicha de perseverar en ellos mientras me dure la vida, para reinar después con Vos eternamente en el cielo. Amén.

A MAITINES Y LAUDES

- Y Labios míos cantad noche y día
R Las grandes alabanzas de María.
Y Señora, a mi favor y amparo atiende.
R Y de mis enemigos me defiende.

*Gloria sea al Padre Eterno,
Gloria al Hijo Soberano,
Y por los siglos infinitos,
Gloria al Espíritu Santo.*

HIMNO

Salve, del mundo Señora;
Salve, de los cielos Reina,
Virgen de vírgenes pura;
Salve, matutina Estrella.

Salve, la llena de gracia,
Luz divina, clara y bella;
Al socorro de los hombres
Ven, Señora, ven a priesa.

Dios te escogió para Madre
De aquella palabra eterna,
En quien y por quien produjo
Aire, cielo, mar y tierra.

Y así liberal te adorna
Como a esposa suya y tierna,
En quien del hombre primero
No cayó la culpa fea,

- Y Fue escogida de Dios y preservada
R Dándole habitación en su merada.
Y Oye, Virgen, mis ruegos y suspiros.
R Y llegue mi oración a tus oídos.

ORACION

Santa María, Reina de los cielos, Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Señora del mundo, que a ninguno desamparas ni desechas; mírame, Señora benignamente con ojos de piedad, y alcánzame de tu Hijo perdón de todos mis pecados, para que yo, que con devoto afecto celebro ahora tu santa e Inmaculada Concepción, reciba después el galardón de la bienaventuranza, concediéndomelo el mismo a quien diste a luz quedando Virgen, Jesucristo Nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en Trinidad perfecta por todos los siglos de los siglos. Amén.

- Y Oye Virgen, mis ruegos y suspiros.
R Y llegue mi oración a tus oídos.

- Y Bendigamos al Señor
R Gracias a Dios bienhechor.
Y Y las almas de los fieles
Por su piedad sempiterna
R Gocen de la gloria eterna.

A PRIMA

- Y Señora, a mi favor, etc, pág. 139.

HIMNO

Dios te salve, sabia Virgen,
Casa de Dios donde se hallan
Siete columnas de dones
Y un aparador de gracias.

De toda infección de culpa
Altamente preservada,
Antes santa que nacida
En el mismo seno de Ana.

Tú eres Madre de vivientes,
De los Santos puerta santa,
De Jacob estrella, y Reina
De la angelical escuadra.

Pues eres al enemigo
Escuadrón que le acobarda,
Sirve de puerto y refugio
A los fieles que te llaman.

- Y Formóla Dios en gracia y sin pecado.
R Y prefirióla a todo lo criado.
Y Oye, Virgen, etc. (con la oración y todo lo demás como al fin de Maitines).

A TERCIA

Y Señora, a mi favor, etc. pág. 139.

HIMNO

Salve, Arca del Testamento,
Trono real de Salomón,
Iris de la paz del mundo,
Zarza que no se abrasó.

Vara de Jesé florida,
Blanca piel de Gedeón,
Puerta cerrada a la culpa,
Panal que Sansón halló.

Fue sin duda conveniente,
Que el Hijo, que lo es de Dios,
Librase de aquella mancha,
De quien Eva fue ocasión

A la que por Madre suya,
Con propiedad escogió,
No permitiendo en su pecho,
Ni mancha ni imperfección.

Y En la alteza mayor mi casa tuve.

R Y de trono me sirve hermosa nube.

Y Oye, Virgen, etc. (con la oración y demás como antes).

A SEXTA

Y Señora a mi favor, etc. pág. 139.

HIMNO

Dios te salve, Virgen Madre,
Templo de la Trinidad,
Gozo de los serafines,
Retrato de puridad.

Refugio de afligidos,
Huerto do el deleite está,
Palma de paciencia, y cedro
De inviolable castidad.

Tú eres la tierra bendita
De tribu sacerdotal,
Santa siempre y siempre libre
De la desgracia de Adán.

Ciudad donde Dios habita,
Por cuya puerta oriental
Todas las gracias entraron
En tí, Virgen singular.

Y Como entre espinasazucena hermosa.

R Es entre todas mi querida Esposa.

Y Oye, Virgen, etc. (con la oración y demás como antes).

A NONA

Y Señora, a mi favor, etc. pág. 139.

HIMNO

Salve, ciudad de refugio
Y torre bien guarnecida,
Donde sus armas y escudos
El gran David deposita,

En tu Concepción saliste
De caridad encendida,
Y así del dragón soberbio
Quebrantaste la malicia.

Verdadera mujer fuerte,
Casta Judit no vencida,
Abigail, que al verdadero
David en su seno ahriga.

Fue del Salvador de Egipto
Madre Raquel por su dicha,
Pero al Salvador del mundo
Trajo en su seno MARÍA.

Y Toda eres hermosa, amada mía

R. Y mancha no hay en tí, bella María.

Y Oye, Virgen, etc. (con la oración y demás como antes).

A VISPERAS

Y Señora, a mi favor, etc. pág. 139.

HIMNO

Salve, reloj donde el sol
Atrás volvió su carrera
Diez líneas, para que el Verbo
Tomase la carne nuestra.

Porque los hombres subiesen
De lo bajo a suma alteza
Quiso ser menos que el ángel
De Dios la bondad inmensa.

Tanto de este sol los rayos
En María reverberan,
Que en su concepción dichosa
Luciente aurora se muestra.

Lirio que libre de espigas
Quiebra al dragón la cabeza,
Y hermosa luna que a todos
De noche el camino enseña.

Y A luz saqué la luz del mismo cielo.

R Y cubrí como nube todo el suelo.

Y Oye, Virgen, etc. (con la oración y
todo lo demás como antes).

A COMPLETAS

Y Señora, a mi favor, etc. pág. 139.

HIMNO

Salve, Virgen floreciente
Y Madre de Dios intacta,
Por Reina de la clemencia
Con estrellas coronada.

Más que los ángeles todos
Pura, limpia, inmaculada,
Que a la diestra de tu Esposo
Brocados vistes de gracia.

Por tí, de la gracia Madre,
De afligidos esperanza,
Luciente estrella del mar,
Puerto que al náufrago amparas.

Patente puerta del cielo,
Salud que al enfermo sanas,
Veamos al Rey tu Hijo
En la corte soberana.

- Y Buen olor derramado es, Virgen pura.
R Todos aman tu nombre y hermosura.
Y Oye, Virgen, etc. (con la oración y demás como antes).
-

OFRECIMIENTO

Con humildad te ofrecemos,
Virgen generosa y pia,
Estas horas dedicadas
A tu Concepción purísima.

A fin dichoso endereza
Nuestros pasos en la vida,
Y en la muerte nos ampara,
Oh dulcísima María.

ANTÍFONA

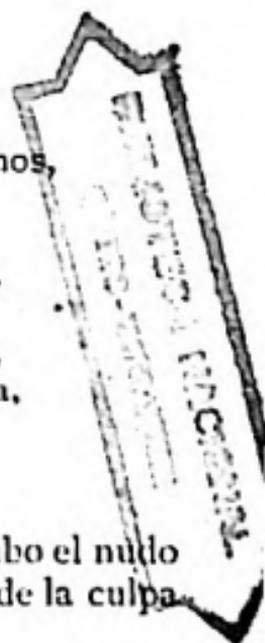
Esta es la vara en la cual no hubo el nudo de la culpa original ni la corteza de la culpa actual:

Y En tu Concepción fuiste, oh Virgen, inmaculada.

R. Ruega por nosotros al Padre, cuyo Hijo engendraste.

ORACION

Oh Dios, que por la Inmaculada Concepción de la purísima Virgen María preparaste digna morada a tu Eterno Hijo; suplicámoste, que así como la preservaste de toda mancha y culpa original en vista de los futuros merecimientos y muerte de tu Santísimo Hijo, así también nos concedas que, mediante su intercesión, lleguemos puros sin ninguna mancha a tu divina presencia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



ORACIONES

CON QUE LAS HIJAS DE MARÍA HACEN SU VISITA
A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Bendita y alabada sea la Purísima e Inmaculada Concepción de la Bienaventurada siempre Virgen María. Amén.

Cien días de indulgencia cada vez. (Pío IX).

Puesta de rodillas delante de la Santísima Virgen, se persignará, hará el acto de contrición y dirá:

PRIMERA PETICION

PARA ALCANZAR LA PUREZA

Oh Virgen purísima e Inmaculada, acoged mi juventud bajo vuestro manto; libradme a mí y a todas las asociadas de los lazos de nuestros implacables enemigos, el mundo impostor con sus engaños, el espíritu infernal con sus sugerencias y nuestra carne con sus apetitos y regalos.

Rogad siempre, por mí y por todas las asociadas, a vuestro Divino Hijo; pues nosotras os prometemos desde ahora ser hijas vuestras y amaros de todo corazón. Alcanzadnos de El humildad y pureza, y que nuestro corazón se abra de continuo en el amor de Dios y en el vuestro. Amén.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

SEGUNDA PETICION

PARA ACERTAR EN LA ELECCIÓN DE ESTADO

Derramad sobre mí un torrente de luz, para que sepa hacer la voluntad de Dios y la vuestra; inspiradme saludables pensamientos para que acierte en la elección de estado, y escoja aquel a que me tiene llamada la divina Providencia; sea esta elección como el punto de partida que me guíe a una dichosa eternidad; pues quiero, ayudada de la divina gracia, abrazar aquel en que mejor pueda servir y amar a Dios en la corta carrera de mis días, y que me haga una verdadera hija vuestra, y me prepare mejor para mi eterna salvación. Amén.

Padre nuestro, etc.

TERCERA PETICION

PARA QUE SE AUMENTEN LOS COROS

Aumentad estos coros dedicados a vuestra purísima e Inmaculada Concepción; participen de la influencia de vuestras luces, y del candor de vuestra pureza; sean como el manantial de verdadera virtud, que acrecienta el número de esposas de Jesucristo, y que conociendo cuán digno y agradable es el don

precioso de la virginidad, sepan abrazarlo, y constantes en su propósito, sean corte dichosa y agradable compañía que os alabe sin cesar; y las que se inclinen al santo matrimonio, se preparen con un fondo de virtud, para que sean fieles esposas y buenas madres, agradables a Dios y útiles a la sociedad. Amén.

Padre nuestro, etc.

CUARTA PETICION

POR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES

Socorred a esas hermanas nuestras que, cogidas en el lazo de la tentación, van errantes por el camino de la perdición; enviad un rayo de luz que penetre en el fondo de su corazón, que les descubra a las claras el fin funesto a que las conducen sus errados pasos; dadles fuerzas para que, conociendo su equivocada senda, retrocedan pronto y se conviertan a Dios de corazón, eviten los escándalos, salven su preciosa alma redimida con la sangre derramada por vuestro Unigénito Hijo, y den alegría al cielo, viéndolas otra vez discípulas de Jesucristo e hijas vuestras. Amén.

Padre nuestro, etc.

QUINTA PETICION

PARA QUE SE MITIGUE EL RIGOR
DE LA DIVINA JUSTICIA

¡Ay! ¡cuántas veces ha provocado la justa indignación de Dios el pecado de la impureza! Fuego del cielo abrasó ciudades enteras; y porque la tierra ardía en el fuego de la lascivia, envió Dios las aguas del diluvio.... Este vicio devora la tierra.... Oh Virgen purísima, acompañad nuestras súplicas, a fin de que no se haga sordo el cielo por nuestros pecados, sino que propicio nos oiga por vuestros ruegos, para que apague estas llamas, no con fuego venido del cielo que nos abraze, sino con el fuego del divino amor que nos convierta a todas; y para que extinga este vicio, no con aguas que nos inunden, sino con las aguas saludables de la divina gracia, que nos vivifiquen y animen a sujetar las pasiones, y nos hagan a todas fieles imitadoras de las virtudes que brillan en vuestra Purísima e Inmaculada Concepción. Amén.

Padre nuestro, etc.

SEXTA PETICION

POR LAS ASOCIADAS DIFUNTAS

Virgen purísima y dulce Madre nuestra,
oíd mis súplicas por todas las asociadas di-

fundas: consoladas en el purgatorio, pues fueron vuestras Hijas, y llevadlas a gozar del fruto bendito de vuestro seno. Amén.

Padre nuestro, etc.

Ruéguese después por todas las necesidades privadas y públicas, según la devoción propia, y récese la letanía lauretana.

ORACION

Virgen purísima, Virgen piadosísima; Vos que nos veis expuestas a tantos peligros, y que sabéis que, por razón de nuestra fragilidad, no podemos preservarnos de ellos; favorecednos con vuestro auxilio, para que nos libremos de los contagios de la presente vida, y, libres de ellos, podamos llegar felizmente al puerto de nuestra salvación. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios, no desprecies las súplicas que te hacemos en nuestras necesidades, antes bien libranos de todos los peligros, oh siempre Virgen gloriosa y bendita.

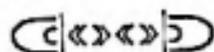
Dios te salve, Reina y Madre, etc.

OFRECIMIENTO Y DEPRECACION

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea,
En tan graciosa belleza.
A tí, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía.

Digase tres veces:

Oh Madre mía dulcísima, guardad a vuestra hija que en Vos tiene puesta su confianza, y no permitáis que ofenda a vuestro Hijo con culpa mortal. Dadme para conseguirlo vuestra maternal bendición.



SUPLICAS

A LA BEATA MARIANA DE JESUS

Azucena de Quito

MODELO Y PROTECTORA DE LAS JOVENES

1. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, que consagraste a Jesús y a María tus más tiernos años, y poniendo tus delicias en la oración y en la piedad, creciste siempre, como la aurora, en la perfección cristianal alcánzame que también yo me consagre a Jesús y a María en mis años juveniles, y que por medio de la oración y la piedad adelante siempre en el servicio divino. *Gloria Patri, etc.*

2. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, que con sumo horror aborreciste el pecado y conservaste inmaculada la estola de la inocencia bautismal alcánzame un santo odio al pecado, para que nunca contamine con él mi alma, sino que le conserve pura y limpia de toda culpa. *Gloria Patri, etc.*

3. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, que por el grande amor a la bellísi-

ma virtud de la castidad, la ofreciste en voto perpetuo a la edad de siete años, y esposa pura de Jesús viviste en la tierra, cual ángel del cielo! alcánzame la gracia de un amor tan ardiente a la castidad, que esté pronta a hacer y padecer cualquiera cosa, antes que empañarla con culpa alguna. *Gloria Patri, etc.*

4. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, que para conservar la virtud angelical tan amada de tu corazón, te alejaste de toda vanidad, diversión mundana y compañías peligrosas! consígueme la gracia del desasimiento del mundo y sus vanidades, para que, alejada de toda peligro, viva en dulce recogimiento una vida pura y casta a los ojos de Jesús. *Gloria Patri, etc.*

5. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, que para conservar tu inocencia virginal te acogiste bajo el manto de María, la honraste y amaste con ternura entrañable! pide para mí una verdadera devoción y filial confianza en María, para que en medio de tantos peligros merezca su protección y amor. *Gloria Patri, etc.*

6. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, y prodigio de penitencia, que con maravillosas invenciones mortificaste tu inocente cuerpo, y lo ofreciste en víctima a Dios! alcánzame el espíritu de mortificación no sólo de mis sentidos, sino de mis gustos

y comodidades, para que por la penitencia convierta mi cuerpo en hostia viva de expiación por mis pecados. *Gloria Patri, etc.*

7. ¡Oh Mariana de Jesús, Azucena de pureza, que encendida en el más vivo amor a Jesús en la Eucaristía, cual holocausto de suavidad, le consagraste tus pensamientos, afectos, acciones y todo tu sér, y mereciste los favores más grandes de su predilección amorosa! alcánzame la ternura del amor a Jesús, y que, libre mi corazón de todo afecto humano, sea toda de Jesús en el tiempo y en la eternidad. *Gloria Patri, etc.*

ORACION

Oh Dios, que en medio de las seducciones del mundo, quisisteis que la Beata Mariana floreciera, por su virginal castidad y continua penitencia, como lirio entre las espinas; os rogamos que por sus méritos e intercesión nos concedáis la gracia de que vivamos alejados de todo mal, esforzándonos por conseguir la perfección de la santidad. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

CANTICOS PIADOSOS

A CRISTO CRUCIFICADO

*Perdón, oh Dios mío,
Perdón, indulgencia,
Perdón y clemencia,
Perdón y piedad.*

Pequé: ya mi alma
Su culpa confiesa;
Mil veces me pesa
De tanta maldad.

Mil veces me pesa
De haber, obstinado,
Tu pecho rasgado,
Oh suma Bondad.

Yo fui quien ingrato
En leño inclemente
Te puso pendiente
Con vil impiedad.

Mi rostro cubierto
De llanto lo indica:
Mi lengua publica
Tan triste verdad.

Por mí en el tormento
Tu sangre vertiste,
Y prendas me diste
De amor y humildad.

Y yo en recompensa,
Pecado a pecado,
La copa he llenado
De la iniquidad.

Mas ya arrepentido
Te busco lloroso
¡Oh Padre amoroso!
¡Oh Dios de bondad!

Tu amor, Jesús mío,
Será ya mi anhelo;
Amantes del cielo,
Su amor ensalza.

Dios mío, consume
Mi vida ese fuego,
Y admítame luego
La eterna ciudad.

AL CORAZON DE JESUS

*Corazón santo,
Tú reinarás:
Tú nuestro encanto
Siempre serás.*

Venid, cristianos,
Y acá en el suelo
Como en el cielo
Se ve adorar.
También nosotros
Adoraremos
Y ensalzaremos
Al Dios de paz.

Jesús amable,
Jesús piadoso,
Dueño amoroso,
Dios de bondad.
Vengo a tus plantas,
Si tú me dejas,
Humildes quejas
A presentar.

Tú solo puedes
Omnipotente
Mi sed ardiente
Refrigerar.
Aquí, Bien sumo,
Aquí el postrero
Suspiro quiero
Por tí exhalar.

Divino pecho
Donde se inflama
La dulce llama
De caridad.
¿Por qué la tienes
Ahí encerrada,
Y no abrasada
La tierra está?

Arroja en ella
Tu hermoso fuego,
Y toda luego
Se inflamará.
¿No ves que el mundo
Vive aterido
Y endurecido
En la impiedad?

Mi vida toda
¡Ayl tuya sea;
Tu amor posea
Todo mi ser.
Que si te amo
Con amor tierno,
Nunca el infierno
Me ha de vencer.

Corazón dulce,
Manso y clemente,
Divina fuente
De santidad.
Tú eres la prenda
De mi victoria;
Tú eres mi gloria,
Mi eterna paz.

Con lazo amigo,
Con lazo estrecho

Tu amante pecho
Vengo a buscar.
Por tí suspiro,
Abreme el seno:
En él ¡cuán bueno
Es habitar!

*Corazón Santo,
Tú reinarás, etc.*

LETRILLA

A LA VIRGEN DEL QUINCHE

Pues eres nuestra delicia,
Pues eres nuestra esperanza,
Y en Tí puso su confianza
El afligido Ecuador,
Fiel paloma peregrina,
De la aldea moradora:

*Oye al pueblo que te adora
Y reclama tu favor.*

Allá modesto descuella
Tu venerado santuario,
Donde acude el solitario
A mitigar su dolor;
Porque eres Madre y consuelas
Al que padece, al que llora.

Te place la fe sencilla
Y buscas los corazones,
Donde derrames tus dones
Cual rocío en el verdor.
No allí envano el peregrino
Humilde tu gracia implora:

Allá en el campo escondida
Entre nardos y entre lirios,
Donde arden perpetuos cirios
Y hay mil himnos de loor,
Tus favores a millares
Prodigas encantadora.

Cuántos prodigios se ostentan
Bajo tu amparo divino,
Nos revela el campesino
Con su elocuente fervor;
La historia de tus portentos
Se pinta allí seductora.

Eres Reina de esos campos,
La rosa de esos jardines,
Do invisibles serafines
Vagan en tu derredor.
Es más dulce tu sonrisa
Cuanto eres más bienechora:

Allí te cantan las aves,
Allí te cantan los vientos,
Y llena el prado de acentos
El eco murmurador,
Y en tu soledad la queja
Resuena más gemidora:

A tu mirada sonrío
La campiña y reverdece;
Vienes y el prado florece
Con gayo y vivo color,
Porque es linda primavera
Tu imagen encantadora:

Compasiva nos atiendes
El gemir de amargas penas;
Tú los ánimos serenas,
Huye al averno el furor,
Y despedaza la muerte
La cuchilla destructora:

Mas, como Madre clemente,
Dejando tus soledades,
Te vienes a las ciudades,
Cuando te llama el dolor.
Aquí a tus plantas el pueblo
Lloroso piedad implora:

Cuando brama estremecido
El suelo, y lívido espanto
Seca en los ojos el llanto
En triste y largo estupor,
Tú mandas, Madre, y se aquietta
La montaña tembladora:

Por tí finan nuestros males,
La noche se torna en día,
Pues eres toda alegría,
Pues eres todo esplendor
En la ciudad, en la aldea,
Y donde quier protectora.

A tí clamamos confiados,
Pues eres nuestro consuelo,
Cuando la lluvia del cielo
Niega al campo su frescor,
Y el bosque seco sus sombras
No da en siesta abrasadora.

Quando la impía discordia
Purpura en sangre la tierra,
Y se oyen gritos de guerra,
Voces de duelo y pavor,
A tí el corazón volvemos
En congoja matadora.

Ay! paloma campesina,
Ay! Virgen, Madre del Quinche,
Si fuego el alma nos hinche,
Nunca se apague su ardor,
Y viva siempre en tu pueblo
Esta llama abrasadora.

*Oye al pueblo que te adora
Y reclama tu favor.*

A LA VIRGEN DEL QUINCHE

*Salve, salve, gran Señora,
Salve, poderosa Madre,
Salve Emperatriz del cielo,
Hija del Eterno Padre,*

Dios te salve, gran Señora,
Del Quinche santa beldad,

Escogida entre millares
De toda la eternidad.

Oh Madre del Dios de amor,
Y Madre de pecadores,
Alivio en nuestros trabajos,
Consuelo en nuestros temores.

A Vos pedimos Señora,
Porque solamente Vos
Suspendéis el brazo airado
De la justicia de Dios.

Si el justo Juez indignado
Envía fuertes temblores,
Vos, Soberana María,
Nos libráis de sus rigores.

Si la justicia de Dios
Con guerras o hambres castiga,
Alcanzáis, oh gran Señora,
Que el duro azote no siga.

PLEGARIA

A LA SANTISIMA VIRGEN DEL QUINCHE

*Virgen del Quinche,
Madre de Dios,
Tú eres la gloria
Del Ecuador.
La prenda admite
De nuestro amor;
Danos piadosa
Tu bendición.*

Tú eres, oh Reina,
Nuestra esperanza,
La dulce alianza
De nuestro Dios:
Pos eso mi alma
Por tí suspira,
Y al goce aspira,
De tu favor.

La sierpe antigua
Manchar quería,
Virgen María,
Tu concepción:
Mas tú humillaste
Con pie bendito
Del sér maldito
La rebelión.

¡Ay! qué naufragio
Fiero amenaza
La innoble raza
Del pecador!
Tiende tu brazo
Firme y potente,
Madre clemente
De un Dios de amor.

En cruda guerra
Luzbel furioso
Maquina ansioso
Mi perdición,
Muéstranos Madre,
¡Ay, dulce prenda!
La estrecha senda
De salvación.

Si en negra noche
Sus lazos tiende,
Tú me defiende
Del tentador.
Virgen bendita,
Oye clemente
La voz doliente
De mi oración.

Eres, oh Virgen,
Mi luz, mi guía,
Eres, María,
Mi único amor;
Yo a tí confiado
Puesto que acudo,
Sé tú mi escudo,
Mi protección.

Si del averno
La hueste horrenda
En lid tremenda
¡Ay! me rindió,
Tú el mal remedia
Con amor tierno,
Porque al infierno
No baje yo.

Madre del Quinche
Tú eres mi estrella
Que luce bella
En la aflicción.
Si amarga pena
Conturba mi alma,
Tú eres la calma
De mi dolor.

Tu mano tierna
Mi sien halague,
Y el fuego apague
De vil pasión;
Porque del rayo
No oiga el estruendo,
Con que tremendo
Castiga Dios.

Mi vida toda,
Mi ser te entrego:
Sólo te ruego
Me des tu amor;
Porque, si gozo
De este consuelo,
De eterno duelo
Ya libre estoy.

Cuando luchando
En la agonía
El alma mía
Clame a Jesús;
Jesús benigno
Por tu fiel ruego
Oigame luego
Desde su cruz.

Y cuando el alma
De este destierro,
Roto el encierro,
Huya veloz,
Al rico fruto
De tu amoroso
Seno dichoso
Preséntanos.

¡Salve, María,
Mística rosa,
Madre gloriosa
Del Salvador!
Pregone el Ángel
Con dulce canto
Que eres mi encanto,
Que eres mi amor.

DESPEDIDA A LA VIRGEN

*¡Adiós! Reina del cielo,
Madre del Salvador;
¡Adiós, oh Madre mía!
¡Adiós, adiós, adiós!*

Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador,
Dulce prenda adorada
De mi sincero amor.

De tu divino rostro
La belleza al dejar,

Permíteme que vuelva
Tus plantas a besar.

A dejarte, oh María,
No acierta el corazón;
Te lo entrego, Señora:
Dame tu bendición.

Adiós, oh Madre Virgen,
Más pura que la luz;
Jamás, jamás me olvides
Delante de Jesús.

Adiós, del cielo encanto,
Mi delicia y mi amor;
Adiós, oh Madre mía,
¡Adiós, adiós, adiós!

APROBACION ECLESIASTICA

Vicaría Capitular de la Arquidiócesis
Quito, 25 de octubre de 1904.

Puede imprimirse el Opúsculo EL ROMERO
DE LA VIRGEN DEL QUINCHE; recomendamos a
los fieles el uso de tan precioso Manual.

L. † S.

ULPIANO PÉREZ Q.
Vicario Capitular

J. ALEJANDRO LÓPEZ,
Secretario.

A. M. D. G.

INDICE

	<u>PAGS.</u>
LOS ROMEROS DE LA VIRGEN: «¡VAMOS AL QUINCHE!».....	5
De qué modo se ha de hacer la romería..	7
¿Y si no puedo hacer en persona la romería?	16
Y ¿qué señales hay para conocer si uno tiene devoción a la Virgen?.....	18
NOVENA A NUESTRA SEÑORA DEL QUINCHE	21
NUEVE CONSIDERACIONES Y EJEMPLOS acomodados a cada día de la Novena:	
1ª María Reina de misericordia y Emperatriz del universo.....	39
Origen de los milagros de la Virgen del Quinche	42
2ª María Madre clementísima del género humano.....	45
El Escultor de la Virgen del Quinche....	48
3ª María vida nuestra.....	51
Una criatura devorada por un oso.....	54
4ª María dulzura nuestra.....	57
Un indio que se había cortado una pierna, queda sano por obra de la Santísima Virgen.....	60
5ª María esperanza nuestra.....	63
Uno que se quiso ahorcar.....	66
6ª María abogada nuestra.....	71
Dos enfermos colombianos milagrosamente curados en el Quinche	73
7ª María dechado perfectísimo de todas las virtudes.....	76
Una tullida—Un arpista.....	79

8ª La devoción a la Virgen camino de santidad.....	81
Una leprosa.—Un religioso.....	84
9ª La devoción a la Santísima Virgen, señal de predestinación.....	87
Sequías, Pestes, Terremotos, La lan- gosta.....	90
ACTO DE CONSAGRACIÓN A NUESTRO SE- ÑOR JESUCRISTO.....	94
Fórmula de Consagración	95
Oraciones del P. Zucchi, de San Fran- cisco de Asís y San Luis Gonzaga, del Beato Luis María Grignon a la Santísima Virgen.....	99
TRIDUO A LA VIRGEN DEL QUINCHE.....	101
Algunos obsequios o flores espirituales..	102
Plan de vida.....	111
EL SANTO ROSARIO.....	116
Los quince misterios del Santísimo Ro- sario	123
Ofrecimiento del Santísimo Rosario....	127
Método abreviado para el rezo del Santo Rosario.....	130
Letanía Laurentana, en latín	132
> en castellano.....	135
OFICIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN .	138
Ofrecimiento.....	147
Oraciones con que las Hijas de María hacen su visita a la Santísima Vir- gen	148
Súplicas a la Beata Mariana de Jesús...	154
CÁNTICOS PIADOSOS:— A Cristo Crucifi- cado.—Al Sagrado Corazón de Je- sús.—A la Virgen del Quinche.....	157

